

El Grupo de Investigación en Historia Social de la Universidad de Antioquia está integrado por profesores, egresados y estudiantes de pregrado, maestría y doctorado. Entiende la Historia social como una historia de síntesis, construida mediante estrechas relaciones con las demás ciencias sociales y humanas, una historia comprometida con la construcción de una memoria colectiva, plural y ciudadana.

Aprendizajes de Gabriel Rodrigo Díaz Duque (Santo Domingo, Antioquia, 1933) es una memoria sensible y cálida, con toques de humor, sobre sus casi ochenta años de aprender y desaprender en el mundo: “Como los ríos que dejan su huella en el cauce y en las piedras, el tiempo imprimió su trazo en esta vida”, dice Javier Darío Restrepo en el prefacio de este libro. Heterodoxo, cómplice de poetas maldicientes, cantante apasionado, compañero de lucha de campesinos y pobladores urbanos, Gabriel es, sin embargo y sobre todo, sacerdote. Con la publicación de su autobiografía, el Grupo de Investigación en Historia Social de la Universidad de Antioquia presenta un testimonio de este hombre —uno entre muchos otros de América Latina— que ha gozado y celebrado la vida religiosa como una experiencia histórica.



ISBN: 978-958-874-890-0



Gabriel Rodrigo Díaz Duque

Aprendizajes

Aprendizajes

Gabriel Rodrigo Díaz Duque



“Este Cristo se llamó el Cristo de 49 pesos. Porque en realidad costó 49 pesos. Ladrillo y cemento, los mismos materiales con los cuales la gente construía sus casas en el barrio Santo Domingo Savio. El trabajo lo hicimos entre todos con la dirección artística de Saúl Montoya. Fue concebido como expresión de que es a partir de la realidad como se construye la esperanza, como se construye la utopía. Es partiendo de la realidad, de lo que hay, de lo que existe, y no partiendo de dogmatizaciones y de conceptualizaciones en el aire, como se construye el reino”.

Aprendizajes

Gabriel Rodrigo Díaz Duque

Aprendizajes

Gabriel Rodrigo Díaz Duque

Grupo de Investigación en Historia Social

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia, 2012

Díaz Duque, Gabriel Rodrigo

Aprendizajes/ Gabriel Rodrigo Díaz Duque. —Medellín, Grupo de Investigación en Historia Social-Universidad de Antioquia, 2012

1. Díaz Duque, Gabriel Rodrigo (1933)- 2. Autobiografías - 3. Iglesia Católica - 4. Sacerdotes - 5. Teología de la liberación. Restrepo, Javier Darío (prefacio). 164 p.; 11,5 x 17 cm.

ISBN: 978-958-874-890-0


Digitación de texto: Juan Carlos Palacio

Corrección de Estilo: Rodrigo Moreno

Edición: Óscar Calvo Isaza

Imagen de cubierta: Saúl Montoya, Cristo de 49 pesos

Diseño, diagramación e impresión: Imprenta de la Universidad de Antioquia

Aprendizajes, por Gabriel Rodrigo Díaz Duque, con imagen de cubierta de Saúl Montoya, prefacio de Javier Darío Restrepo, textos de Gonzalo Arango, Fernando González Restrepo, Gabriel Tisnes y Pilar Posada, es una obra editada por el Grupo de Investigación en Historia Social de la Universidad de Antioquia, que puede ser reproducida de manera libre por la gente, para usos no comerciales y sin realizar productos derivados. 

Grupo de Investigación en Historia Social: Universidad de Antioquia, Ciudad Universitaria, Oficina 9-343, Medellín, Colombia.

Página web: <http://antares.udea.edu.co/historiasocial>

Impreso y hecho en Medellín, Colombia, 2012

CONTENIDO

Prefacio: Los aprendizajes y desaprendizajes de Gabriel, por Javier Darío Restrepo	xi
Capítulo I. Mi niñez	1
Infancia	1
Escuela de Santo Domingo	5
Aprendizajes de mi infancia	11
Capítulo II. En Medellín	13
Seminario menor	13
Seminario Mayor	17
Mis dos primeros ministerios: Laureles 1959 a 1963 y Curia 1964	21
Capítulo III. Europa	27
El viaje	27
España del 64 al 65	29
Francia del 65 al 67	34
Capítulo IV. Barrio Santo Domingo Savio	41

Capítulo V. Diversos ministerios	53
San Antonio	53
Santa Mónica y San Pablo	56
Boquerón	58
Capítulo VI. Ministerios fuera de Colombia	63
Costa Rica	63
Bonaire	67
Capítulo VII. Mi paso por seis instancias no parroquiales	75
Capítulo VIII. Etapa final	92
Reflexiones desde el Monasterio del Viento	92
Sobre el celibato	102
La Eucaristía	104
Ágape	105
La Iglesia	106
Exordio	110
Capítulo IX. Amigos	113
Gonzalo Arango y Fernando González	
Restrepo	113
Gabriel “Mono” Tisnes	118
Pilar Posada	141
Epílogo	145

Como el niño que no sabe dormirse
sin cogerse a la mano de su madre,
así mi corazón viene a ponerse
sobre tus manos al caer la tarde.

Como el niño que sabe que alguien vela
su sueño de inocencia y esperanza,
así descansará mi alma segura,
sabiendo que eres tú quien nos aguarda.

Tú endulzarás mi última amargura,
tú aliviarás el último cansancio,
tú cuidarás los sueños de la noche,
tú borrarás las huellas de mi llanto.

Tú nos darás mañana nuevamente
la antorcha de la luz y la alegría,
y, por las horas que te traigo muertas,
tú me darás una mañana viva.

José Luis Martín Descalzo

Prefacio

Los aprendizajes y desaprendizajes de Gabriel

Javier Darío Restrepo

Al cabo de sus años, el padre Gabriel Díaz puede decir como Heráclito: “me he investigado a mí mismo”. Su libro *Aprendizajes* es un recorrido hacia el fondo, que es de ternura e ingenuidad en su infancia de niño campesino, hijo de padre arriero, alumno de escuela rural y vendedor de caramelos que hacía su mamá hasta que el cura autorizó a los escolares a coger los dulces en venta, pero nunca los pagó. En ese recorrido por los remotos caminos de la infancia, Gabriel se enternece al recordar la vaca que pidió al Niño Dios a grito limpio y el caballo con que engañaron los gitanos a su padre.

Son relatos fluidos y transparentes que, sin adornos, han pasado de la memoria de Gabriel

al papel y de allí al lector, sin aduanas que impongan o restrinjan.

Después de un largo recorrido como párroco, Díaz, cargado de experiencias y de reflexiones ha recalado en una casa que llama el Monasterio del Viento. Es un puerto de llegada y de silencio en el que ha puesto en orden un voluminoso fardo de recuerdos y de pensamientos. Sin proponérselo, ha hecho realidad el deseo expresado por Cavafis, el poeta griego, “que en tu vejez arribes a la isla con cuanto hayas ganado en el camino”.

Es ganancia el recuerdo de su padre escondido debajo de la cama, cuando el citador municipal iba en su busca para que ocupara su silla de concejal en la sesión a punto de iniciarse, también sus años de seminarista en Medellín, o los de estudiante en Madrid, en Salamanca o en París; lo mismo que sus parroquias en Medellín, en Puerto Rico o en Curazao. Mira hacia atrás y admite que su vida está hecha de aprendizajes y desaprendizajes.

Esa inmersión dentro de sí mismo, que eso son las autobiografías, revela esa estatua interior que con energía y paciencia de escultor ha ido tallando a lo largo de su vida. Los personajes que han dejado las aristas de mayor filo, desfilan por su memoria con nombres “de los que no quiero acordarme”, así se alcanzan a contar hasta cua-

tro; otros figuran con nombre propio y con dolida recordación; hay momentos que reviven, duros y hoscos, pero como hitos que enseñan: los años de seminario menor, con los prejuicios racistas y políticos de los sacerdotes, con su intolerancia y su insensibilidad frente a los derechos humanos.

La vida pastoral lo puso frente al urbanizador pirata que en su parroquia de Santo Domingo Savio quiso sobornarlo con el ofrecimiento de un terreno para la iglesia a cambio de ponerse de su lado y en contra de sus feligreses pobres; la solidaridad de esa feligresía con una mujer a quien la policía quería sacar de su rancho, cuando todos estuvieron dispuestos a ir presos con el párroco a la cabeza; el nacimiento del movimiento de la no violencia que hizo fuertes a todos los sin techo que llenaban su iglesia parroquial.

Para confirmar datos y revivir episodios, Gabriel revuelve papeles y ¡eureka! allí aparece la carta de Gonzalo Arango. No huele a incienso ni a azufre, pero sí está atravesada por la luz de la admiración y el afecto. “Me pregunto —escribe el creador del nadaísmo— si la amistad no será el sentimiento más vivo y encarnado de Dios”. Cuando al escritor lo llenaban de improperios y anatemas, encontró en Gabriel a un hermano: “Cada vez que estoy con amigos de tu linaje siento que los brazos se me vuelven alas para abrazarte en lo más puro de la vida”, dice.

Como los ríos que dejan su huella en el cauce y en las piedras, el tiempo imprimió su trazo en esta vida. Así lo comprueba Gabriel a medida que avanza en su ejercicio autobiográfico. Los años del grupo de Golconda, cuando a la sombra de monseñor Gerardo Valencia fueron precursores del movimiento de la Teología de la Liberación y debieron pagar el alto costo de su profetismo; los años en compañía de esos sacerdotes que se desempeñaban en Madrid, el uno como taxista, el otro como relojero y el tercero como pintor de brocha gorda, para hacerse uno con todos y llevar el evangelio a los más pobres; los años de su duro aprendizaje del dialecto local en Bonaire, sus ires y venires en las parroquias de Medellín, seguido a veces por los espías de la curia encargados de escuchar sus homilías para información del desconfiado pastor.

A medida que pasan las páginas y los recuerdos, Gabriel encuentra sentido a lo que ha llegado a ser. Es un relato que revela por qué es como es, al mismo tiempo que muestra al lector el poder de la fe, el apasionamiento de la vida sacerdotal y la cal y la arena de que está hecho un pastor.

Capítulo I

Mi niñez

Infancia

Toda mi infancia quedó plagada de recuerdos. El de los descuidos de no sé quién en el manejo de mis pañales, que dejó esconder por entre sus pliegues nada menos que un alacrán, el que seguramente por intentar escapar de aquel sofoco, hundió su duro aguijón en mis tiernas carnicitas, no se sabe cuántas veces.

—¿Qué le pasó ahí mijo?, me preguntaban al ver la cicatriz cuando rozaba los tres años.

—¡Me picó e gachano!, respondía con inocencia adolorida el niño, cabezón, peludo y narizón.

Más adelante, desde los tres o los cuatro años, me empezó a gustar más de la cuenta el arroz con el pescado, por cierto bien escaso: —¡A mí me gusta el O y me encanta el pecao!, como si fuera costeño el angelito.

Hacia los cuatro años acompañé a mi padre para ir hasta La Trinidad, nuestra finquita que distaba a media hora de la población. Mi padre me llevó con él desde temprano, hacia las cuatro de la madrugada. Primero había que despertar a mi mamá:

—Teresa, Teresa. Ella roncaba.

—¡Teresa, Teresa, Teresa! Continuaba roncando. El tono iba subiendo.

—¡Teresa! ¿Estás dormida?, preguntaba mi padre. Al fin lograba despertarla.

—¿Qué quiere mijo?, decía mi madre con voz dormilona.

—¿Que si estás dormida?

—No Abraham, ¿qué es lo que quieres?

—Que te fijés en este muchacho. Cuando lo llamo no se demora en contestar: —Gabriel, Gabriel, ¿estás dormido?

—No papá, claro que no ¡Pues claro que me había despertado con sus repetidas llamadas a mi madre!

—¿Te das cuenta mija?, este muchacho siempre está listo para todo, ino conoce la pereza! (esta es la típica educación por la lisonja) ¡Gabriel, Gabriel! ¿Vamos a La Trinidad?

—Vamos papá. Y en ese momento me tiraba de un salto hasta el suelo.

—Gabriel, ¿quierés café?

—Bueno señor.

Tomábamos el café y encendía dos cabitos de vela para empezar el viaje a La Trinidad. Por todo el camino, mi padre interrogaba de forma obsesiva:

—¿Te gusta la leche?

—Pues sí papá.

—¿Pues sí? ¡Vos la dejás servida! ¿Te vas a tomar toda la leche de la vaca Cachimocha?

—¡Sí señor!

—¿Sí señor? ¡Decí que te encanta!

—¡Me encanta, señor!

Ya en el momento de darme la leche caliente, me insistía:

—¡Mirá que tu padre sí te da toda la leche!

Yo empezaba a tomarla con ahínco. Y mi padre:

—¡Vergajo, que te dan cursos! Y él terminaba de beberla.

Hay otros recuerdos regados en la memoria de mi corazón. Por ejemplo, cuando mi padre, en la soledad de la noche, me invitaba a rezar el rosario en La Trinidad. Yo apenas podía contestar a los cuatro años de edad. Mi papá solo sabía comenzar: “por la señal... señor mío Jesucristo... Los misterios que vamos a contemplar son los... El primero es...”. Mi papá no tenía idea de los rezos ni de los misterios del santo rosario.

Otro día, en la casa de Santo Domingo, comenzó a contar historias de arriería, su noble profesión. Una de ellas se grabó en mi mente y fue la de la posada en inmediaciones de Barbosa

y La Cejita. Decía mi padre que un día por la tarde debieron pernoctar en una vieja casa con un zarzo muy grande. Los arrieros empezaron a conversar de un evento de la región. Supuestamente, un mohán tenía la costumbre de sentarse en grandes piedras, encender por debajo dinamita y dejarse transportar por los pedazos de la roca a gran distancia en medio de estruendosas risotadas. Ocurrió entonces que de pronto el Mohán interrumpió los comentarios con un grito feroz y rasgando el techo, dijo:

—Miente la lengua en veterina.

Todos nos quedamos silenciosos y asustados. Pero mi madre que no tragaba entero, dirigió a mi padre la pregunta con un tono inocente:

—Abraham, ¿cómo fue que el Muhán les dijo?

Mi padre insistió de nuevo con toda candidez en lo de “la lengua en veterina”. Mi madre, pues, lo corrigió:

—¿No sería que dijo miente la lengua viperina?

Ninguno de nosotros pudo contener la risa. Pero mi padre solo comentó:

—Ah, ¡es que como ella es tan sabionda!

Otro día le dio a Marta por reclamarle a mi padre una llave. Él no quiso entregársela, diciendo: —la compré en La Pegadilla.

—¿No sería en La Colmena?

—Y eso qué, ¿no es lo mismo? Ah, es que como ustedes saben tanto, etcétera.

Mis padres hacían un buen contraste. A pesar de ser un poco burdo, directo, ingenuo, a veces gozón, repetitivo hasta el cansancio, todo *ecce homo*, mi padre adoraba llevarme a las casas donde había muchachas, con el tiple y yo con una cajita de mentolín:

—Muchachas, ¿ustedes saben cantar?

—No señor, ni idea.

—¡Ah! ¿Pero les gustaría oír cantar?

—Sí, ¡claro don Abraham!

—Gabriel, ¡canta! Campirana! Campiranaaa, Campiranaaaaa, virgencitaaa mañaneeera...

Al terminar, recogía en la cajita las monedas, como si me estuviera entrenando desde los seis años pal' boleó de ponchera, que tampoco fue mi *hobby* principal.

Otros momentos de mi primera infancia permanecen en la sombra, imposibles de describir en el atardecer de mi existencia, debido al deterioro senil de mis setenta y tantos años. Por eso, antes de que sea más tarde pasemos a la etapa escolar de los siete a los doce años.

Escuela de Santo Domingo

A mis profesores de primaria los llevo muy presentes. Don Ramón Giraldo era gritón y bravo hasta el rigor de su vara, siempre lista para golpear en las manos abiertas de quien no hubiese aprendido la lección o de quien hubiese estado

molestando. Tuve la suerte en cuatro años de escuela de no saber cómo eran esos golpes, pero los veía por mis compañeros que se untaban cebolleta y otros ungüentos para amortiguar el dolor de la golpiza. El primer día de escuela, don Ramón preguntó a mi vecino gordinflón, Vicente Murillo, si sabía decir el nombre de cualquier sustantivo. Ante su silencio me tocó a mí responder, lo que no causó ningún trabajo porque mi madre en un tablero improvisado en la cocina nos había iniciado en las primeras letras.

—Una lombriz, dije sin titubear.

Entonces el gordinflón alzó su mano y gritó:

—Yo le digo otro sustantivo profesor: ota lombiz.

Y así se chupó el primer varazo el gordo, porque don Ramón creyó que el niño estaba chacoteando.

El director era don José Sosa, medio loco, pero buen tipo. Don Germán Aristizábal, liberal de pura cepa, obsesivo por cantar y hacer cantar, experto en griterías con la inolvidable doña Ester. Desde la vecindad, oíamos frecuentemente el llamado de don Germán a su señora:

—¡Pero mujer de Dioos! Al cual ella respondía:

—Germán, por Dios, ¡me vas a matar!

El cuarto profesor, don Rafael Giraldo, era mañoso para castigar con arrestos dolorosos de manos alzadas, siempre haciendo morisquetas con su boca y con su lengua.

Desde la escuela, se me complicó la vida porque me tocó asumir el 5 en todo, como mi manera de vivir. Esa psicología del 5 en todo, sin embargo, no me impidió participar en todos los deportes, especialmente el fútbol, el *diaboló* y los demás juegos de ese tiempo: las bolas, los corozos y los trompos, con los que jugábamos en largas calles, teniendo el trompo miletero como el auxiliar de una frialdad para el castigo semejante a los más fríos torturadores de la inquisición.

Recuerdo con mucha nostalgia compañeros de la escuela con los que compartía juegos, estudio, paseos, y, de vez en cuando, una inocente pilatuna: Ernesto López, Adán Gallego, Guillermo Márquez, Adán Acevedo, Ángel Osorio, Horacio y Vicente Murillo, Gilberto Monsalve, Óscar Gallego, Augusto López, Horacio González, etcétera. Con ellos íbamos a Reyes, Los Planes, Romazón o San José, San Pedro, San Pedrito y también La Trinidad, pero especialmente al sitio Las Nutrias, donde nos sentíamos dueños del estadio de fútbol más grande del planeta.

No he descrito los dos espacios donde se desarrolló mi infancia: la casona de Santo Domingo y la finquita de La Trinidad. La casona tenía una puerta con grabados que todavía se conservan. Luego de un amplio zaguán de entrada, estaba el gran patio central sembrado de azaleas a su alrededor. El centro del patio lo ocupaban cuatro her-

mosas eras en cruz, sembradas de pensamientos, pascuitas, y azucenas. Adicionalmente, la casona contaba con tres grandes alcobas, de las cuales una era doble. Las tres rodeaban el patio de la casa, seguido de otro corredor para pasar al comedor, cocina, el corral de las gallinas y finalmente la arboleda llena de chirimoyos, mameyes, tomates de árbol, naranjas y otros frutales que daban frescura y verdor al ambiente de la casa. En la calle del Rumbón, mi padre amarraba las bestias con las que viajaba como arriero a los pueblos, especialmente a Cisneros, para llevar cueros y a su vez traer al poblado los refrescos y otras mercancías.

Mi padre iba siempre de poncho terciado y con cotizas en sus pies. Antes de mi nacimiento, me cuentan los mayores que se chuzó con una puntilla oxidada y le dio gangrena. Y cuando dijeron los médicos que la única solución era cortar la pierna, mi papá se negó rotundamente porque no quería que a sus hijos les quedara el recuerdo de un padre mutilado. Por eso, dijo que prefería morir. El Dr. Bernardo López curó la gangrena con un termocauterio, a pesar del inmenso dolor que acarrearía ese tratamiento. No fui testigo de esa enfermedad. Solo el 11 de enero de 1933 llegó Gabriel Rodrigo, mezcla de mensajero de Dios y de juglar.

Falta por decir que mi primera infancia transcurrió en medio de una gran pobreza franciscana, tal

vez porque me tocó el coletazo de la enfermedad de mi papá. Los mayores, Alfonso y Carlos, habían ido a vivir donde mi tío Joaquín en Montemar. El caso es que mi madre, recursiva como las mujeres del hogar, fabricaba caramelos en formas variadas que yo salía a vender al atrio, ensartados en un maguey. Me quedó un recuerdo no muy agradable del padre Galeano, quien dijo a los muchachos de la escuela que él invitaba a caramelos pero nunca los llegó a pagar. Con esa deuda se fue a la tumba.

Quiero también describir La Trinidad que aún llevo en lo mejor de mis recuerdos: desde El Pedrero, divisábamos la casita hecha en tapia y toda blanca ella. Nosotros, los chiquitos, cantábamos en coro:

—Allá viene Alfonso, ¿qué nos traerá del pueblo? Nada por ser tan temprano. Los confites por la noche.

La manga de La Trinidad estaba siempre colmada de guayabas y en el centro había un extraño montículo rodeado de terreno lagunoso. La casa constaba de cocina de leña y dos piezas de piso en tierra. En la parte de atrás, las abejitas hacían panales que mis padres no dejaban prosperar. Al frente de la casa estaba la huerta de hortalizas y frutales que mi madre cuidaba con esmero. Al lado derecho de la casa, había un largo corredor al descampado para ir al ordeñadero de las vacas cuyos nombres todavía bien recuerdo: la Cachi-

mocha, la Cachona, la Alondra, y la Vaca Vieja. Esta última fue la primera en llegar a la finca después de mi grito en plena iglesia:

—¡Niño Jesús, una vaquita por favor!

Mi padre la compró pocos días después. Los potreros eran El Salvial, Gucharacas, el Monte del Juicio y no recuerdo más.

Tuvo mi padre también, como buen arriero de su tiempo, sus caballos y sus mulas: el Macho Rosillo, la Mula Roja, la Mula Parda, y el caballo Moro. A la salida del pueblo, Miguel lo ayudaba a alzar los cuerpos para llevarlos a Cisneros. Mi padre practicó la arriería desde muy temprana edad, con algunos de mis tíos, de los cuales no conocí sino a Marciano. Dicen que entre todos, bautizados con nombres bíblicos, conducían una gran mulada.

A todos les sobrevivió mi padre, quizá por alegre, por su gran simplicidad para enfrentar la vida. Recuerdo que una vez fue elegido concejal del pueblo, lo cual lo aterró sobremanera. Cuando el policía Isaza venía a citarlo para las sesiones del concejo, mi padre se escondía debajo de la cama y amenazaba a mí mamá: “si decís dónde estoy te arranco esa mula”. Cuando ocasionalmente lo pillaban, se sentaba en el concejo a roncar.

—Concejal Díaz, ¿aprueba la resolución que hemos presentado?

—Apruebo, sí señor. Y volvía a sus sueños de irse para La Trinidad con sus vacas y sus bestias.

Al pueblo llegaban gitanos. A mis padres les gustaba visitarlos en sus toldos del Chispero donde cambiaban caballos por cachivaches. Mi padre cayó en la red: entregó su reloj de bolsillo y veinte pesos a cambio de un hermoso ejemplar equino de color blanco, un tanto macilento. Desde el primer día, empezamos a darle toda clase de cuidados para lograr que aumentara de peso. Pero al tiempo que lo íbamos cuidando iba enflaqueciendo más el Rocinante. A los ocho días de invertir en su alimentación los escasos ahorros de mi padre, resolvió amanecer difunto sin haberle cobrado la primera carrera al pueblo donde pensábamos que sería capaz de competir con los mejores exponentes caballares. Recién muerto, mi padre, experto en identificar las edades de las bestias, percibió que en la dentadura el animal tenía rellenos y soportes de yeso para ocultar el deterioro senil del ejemplar. Los gastos no pararon: fue necesario pagarles a dos trabajadores la excavación de un inmenso hueco y, posteriormente, comprar sogas y lazos para darle honrosa sepultura.

Aprendizajes de mi infancia

Entiendo por aprendizajes no propiamente el acopio de conocimientos o conceptos, ni el almacenamiento de técnicas y lecturas. Entiendo por aprender el ser capaz de cambiar interior-

mente en todos los escenarios de la vida. Aunque en forma muy elemental, debo decir que en mis primeros siete años aprendí a ser alegre, juguetón y caminante, colaborador de mi papá en las faenas diarias que implicaba la administración de La Trinidad, vendiendo en el atrio los caramelos que mi madre preparaba para ayudar en los gastos de la casa, desyerbando calles o encerrando las bestias de los campesinos los domingos en los potreros aledaños. Aprendí a no tenerles miedo a mis padres por la ternura con que me cuidaron, sin zalamerías ni contemplaciones, con disciplina y comprensión para mi tierna edad. Aprendí a vivir la etapa de la infancia sin más juguetes que los caballos de palo y los bolsillos llenos de corozos para jugar al arroyuelo con mis compañeros de infancia que nunca olvidaré: Ernesto López, Horacio González, Guillermo Aristizábal, Guillermo Márquez, Óscar Gallego, Ángel Osorio, Adán Gallego, hasta el mismo Augusto López Valencia con quien no faltaron las trompadas por bobadas de los niños; Vicente Murillo, Gilberto Monsalve, Augusto López Restrepo, Adán Acevedo y tantos otros que se me quedan ya borrados de mi disco endurecido por los años.

Capítulo II

En Medellín

Seminario menor

Cuando apenas cumplía los doce años, ingresé al Seminario Conciliar de Medellín. El uniforme era sotana negra, banda azul, zapatos y medias negras y hasta bonete para ocasiones especiales. Las directivas del Seminario eran el rector Guillermo Escobar Vélez, el vicerrector Guillermo Botero, alias Boterito, y el prefecto Fernando Gómez Mejía. ¡Como quien dice, nadie! ¡Pero... descanse en paz! La primera pregunta al padre rector fue la misma tarde de mi ingreso:

—¿Padre, aquí es obligatorio comer carne gorda? Y la respuesta del sacerdote fue:

—¡Aquí te darán carne gorda pero no te obligaremos a comerla! Inmediatamente, descansé de aquella amenaza difundida de que si un novicio “no come carne gorda entonces no tiene vocación”.

Del Seminario menor me quedan muchos recuerdos: unos desagradables y otros graciosos, algunos de terror y miedo, y no pocos recuerdos felices.

Al fin de cada mes, nos reuníamos en un salón todos los pequeños. Allí los tres sacerdotes mencionados, con el papel en la mano, iban leyendo los nombres de los peores alumnos, según el juicio de ellos y de acuerdo con las bajas calificaciones, los defectos personales o las desafortunadas actuaciones. El método consistía en llamar a cada uno por el nombre y luego contar toda su vida. En opinión de los sacerdotes, esta forma de enseñanza era con el fin de propiciar corrección del comportamiento, aunque el resultado era distinto: ¡solo conseguían avergonzar en público a quien llamaban! ¡Tiempos de bárbaras naciones! A propósito de estos recuerdos, me he encontrado en un libro publicado por Daniel Restrepo sobre la historia del Seminario menor de Medellín algunas curiosidades relacionadas con los motivos por los cuales las directivas expulsaban a los alumnos. El libro arroja datos como: “ha tenido brotes en los que se deja ver que tiene un liberalismo muy arraigado. —Ver la manera de eliminarle sin que la familia sepa la verdadera causa alegando otro pretexto”; “Baja extracción social... coqueteos con una muchacha del servicio”; “Este muchacho es un perfecto chinche”; “Es uno de los candidatos

indeseables por su color”; “Es de color oscuro”; “Tiene ambiente de barrio bajo, su aspecto físico es desagradable”; “Inclinado a amistades particulares y liberal”; “Escribió en un tablero que viva el Partido Liberal”; “Se robó un tamal y lo escupió para que no se lo quitaran”; “Terco, molondro, abobado y difícil”.

¿Qué dicen de estos y otro motivos de expulsión? Nuestra supervivencia fue un milagro. La Iglesia tiene mucho de divino cuando no ha periclitado con estos curas, dijo León Blois.

Otro recuerdo gris de este tiempo es de la barra Morillo. Eran cuatro gigantones con cara de pocos amigos. Ellos eran el mono batatón López, el temible Cortés, el fornido Uriel Velásquez y el troglodita Fernando Gómez Mejía. Este último alertaba desde los púlpitos el arribo del comunismo:

—¡La uña moscovita se clavó en el corazón de Antioquia!

Otro recuerdo oscuro y triste como el desamor fue el suceso del 9 de abril de 1948. Eran las 4 de la tarde cuando en *El Castellano de Vásquez* analizábamos la frase: “que la patria está en peligro es imposible negarlo”. Salimos de la clase a las 5 de la tarde. Por los cuatro costados “la chusma” había prendido fuego al local del Seminario menor. Gaitán había sido asesinado en Bogotá. Y el entonces rector, presbítero Jesús

Mejía, nos dijo que debíamos ir a la capilla donde consumimos las sagradas formas y recibimos la absolución *in articulo mortis*. Salimos de la capilla y empacamos lo más urgente para salir hacia el Seminario Mayor, buscando salvar la vida. Saúl Macló no esperó el turno para bajar por las escaleras y se tiró al patio, quebrándose los pies y las manos.

Fue una noche terrible. Por todas partes había saqueo, incendios y feria de disparos. Entramos al Seminario Mayor y allí pasamos toda la noche, temblando de frío y de pavor; corriendo de un extremo a otro según informaciones alusivas al movimiento de las hordas enfurecidas. Al día siguiente nos permitieron irnos para las casas y solo una semana después pudimos regresar. Nació por esos días una nueva etapa de la violencia colombiana. Una violencia que se expresó en dos bandos: liberales y conservadores. Fueron los tiempos de Mariano Ospina Pérez y el obispo Builes, de Laureano Gómez, doña Berta y la policía chulavita.

Aquella época correspondió a la formación de los llamados “chusmeros” o también “bandoleros”. Surgieron nuevas maneras criminales de quitar la vida: una de las más famosas fue el corte de franela, que consistía en cortar la cabeza con dos golpes en el cuello. En no pocos pueblos se enseñó que matar liberales no podía ser peca-

do y se cuenta también que hubo quien desde el púlpito sugirió:

—Tráiganme las armas que si son para matar liberales, les puedo aplicar hasta indulgencias.

Seminario Mayor

Vámonos ahora para el Seminario Mayor. Esta etapa se extendió desde 1950 hasta 1959. Recuerdos gratos y recuerdos dolorosos fueron los de la cruzada eucarística, el padre Antonio, las matemáticas, la teología y los profesores. Entre ellos también figuran personajes y actividades como el padre Nazario Bernal y su sabiduría, el padre Julio Jaramillo y sus experimentos, el padre Gustavo Arango y el hilemorfismo, el padre Néstor Giraldo y sus chicanerías, el padre Alfonso Giraldo y sus fruncidos, la *Schola cantorum*, el ping-pong o el ajedrez, el fútbol, el basquetbol, y las salidas a Los Pomos. Destacados por mis memorias están también el padre Samuel Posada, Eugenio Arango y el padre Molina, también conocido como la Almohada. En el año 54 vale la pena recordar la toma del tren y, finalmente, la ordenación, después de escrúpulos y sustos acumulados.

El accidente del tren fue el Sábado Santo de 1954, después de celebrar la Vigilia Pascual en la mañana. Veníamos Hugo Velásquez, Hernán Montoya, Bernardo Cardona y el suscrito en un

automóvil del canciller, cuando al atravesar los rieles de la carrilera apareció la locomotora número 36 a una distancia menor de veinte metros. Yo iba en el asiento delantero, a la derecha del conductor. Cuando escuché la sirena del tren pidiendo vía, grité al canciller: —¡El tren, padre Cardona!, quien del susto frenó en lugar de acelerar. Los golpes del tren arrugaron el automotor pero no lo sacaron de la carretera. La 36 se fue jugueteando con el carro por una distancia aproximada de dos cuadras, hasta lograr detenerse. Yo perdí el sentido y solo percibía los golpes de los barretones tratando de sacarme del interior de la chatarra. Luego nos llevaron en veloz carrera a la Policlínica del Hospital de San Vicente de Paúl, en donde lentamente recuperé el sentido. Casi lo pierdo nuevamente cuando vi al padre Toñito con la extremaunción en la mano y treinta seminaristas más con velas encendidas:

—Padre Antonio, ¿qué está haciendo?

—¡La Extremaunción mijo!

—Padre, y ¿es que me ve mal?

—¡Estás más muerto que vivo mijo!

—¡Padre, pero es que yo no me quiero morir!

Y el padre Toñito me dice:

—¿Toda la vida te la has pasado ansiando encontrarte con el Padre Celestial para abrazarlo y ahora vas a echarte para atrás? ¡Quédate quieto! Y empezó a ungirme como despedida.

Un año de cama me tocó guardar por culpa de esa negra, la 36, que casi se berrea cuatro padrecitos, como dijo la señora que presenció el accidente. El canciller iba volando donde el entonces arzobispo Joaquín García Benítez para contarle todo el rollo, pero en el camino encontró a Usía Muñoz, otro canónigo, quien dijo:

—Hombre, cómo es de bruto usted: va y le pone tres seminaristas a la 36 y después va y se le pone a la 45 en La Playa con El Palo (Palacio Arzobispal).

La ordenación la recibí con inolvidables compañeros: Federico Carrasquilla, Argemiro Pérez, Eugenio Saldarriaga, Gonzalo Restrepo Villegas, José María Garcés, Carlitos Cuervo, Carlos Rendón, Gilberto Gómez, Adolfo Duque, Mario Sierra, Gonzalo Giraldo, Macario Botero, Elí López, Eloy Velásquez, Jairo Pineda, Víctor Yepes, Álvaro Ramos, Gonzalo Ospina y José Carvajal. Por disposición del último rector, Eugenio Restrepo Uribe, debíamos permanecer un año de pastoral en el seminario. Afortunadamente, a mí me nombraron para Santa Teresita al comenzar el año. En la ordenación, dije a los compañeros:

—¡Chao tortugas. A volar y que lo disfruten!

¿Cómo no agradecer al Señor el haber pasado mi juventud en un ambiente de estudio, disciplina, oración, silencio y amistad? Es cierto. Fueron trece años, desde 1947 a 1959, los que

marcaron la agonía de una época eclesial con aproximadamente 1.500 años de historia con valores y desvalores, con signos positivos de esperanza y motivaciones que ya carecen de sentido. Pero por encima de todo, debo reconocer que fueron trece años (de los once a los veinticuatro años de edad) en los que estuve por fuera de esta macabra danza materialista que no se detiene, apostándole a otra manera de entender la vida. Fueron trece años ciertamente de mirada ingenua a la realidad, pero de los que no renegaré jamás. Está bien. Eso del silencio sin explicarnos el porqué y el para qué, mirándolo ahora en perspectiva, no tiene sentido.

Está bien. Nos íbamos los domingos por las tardes a gritar en las esquinas cargados de confites: —¡Catecismo! ¡Catecismo! Está bien. Los jueves, después de una jornada larga de camino, haciendo a un lado el cansancio debíamos ir a rezar el rosario a la capilla escuchando luego alguna plática de formación espiritual. A las 5 de la mañana sonaba la campana para levantarnos al llamado del *Benedicamus Dominum*, del prefecto vigilante que todos debíamos responder *Deo gratias*, pero mi compañero siempre respondía: —¡Qué desgracia!

El ambiente de estudio, de oración y de alegría era mayor que las dificultades, las privaciones y las penitencias. El deporte, los sobrenombres, las

chifladas, las visitas de los familiares, el mecato a hurtadillas por las noches para compensar de alguna manera la alimentación abundante pero austera, como para monjes, los permisos para salir a diligencias varias y todas las pequeñas pilatunas propias de la edad, hicieron del seminario un tiempo inolvidable, que de alguna manera nos capacitó para enfrentar otras dificultades y vicisitudes del camino. Libre de “tusas” para las diversas órdenes preparatorias al presbiterado, éramos felices con la tonsura, las órdenes menores, el subdiaconado y también el diaconado.

Mis dos primeros ministerios: Laureles 1959 a 1963 y Curia 1964

Cómo no recordar mi primer y único ministerio de coadjutor en Laureles. Dos párrocos de imborrable recordación: monseñor Wiedemann y el padre Tulio Maya, ambos ya en la eternidad.

Empecemos por Wiedemann: entregado a su comunidad hasta el agotamiento, para él no se hicieron los horarios. Atendía con exactamente el mismo cariño a la dama encopetada y a la más humilde empleada doméstica. Con su apoyo entusiasta pude fundar el Club de las Zitas (nombre que se tomó de la santa patrona de las empleadas del servicio, Santa Zita). Teníamos charlas educativas sobre el sentido del trabajo en las casas como colaboración con las familias, orientacio-

nes sobre sus derechos como personas, etcétera. Naturalmente no faltaron señoras patronas que fruncían el ceño del disgusto y hasta alguna que me dijo “cura sirvientero”. Gajes del oficio, pensé yo, sin amargarme por tan poca cosa.

Los domingos ofrecíamos los locales del gimnasio Laureles, que era parroquial, para que pudieran disfrutar de una tarde en ese *dolce far niente*. Allí había cursos de costura o culinaria. También se daba el espacio para conversar y escuchar música que por ese tiempo eran casi siempre boleros y mariachis.

Un día monseñor Wiedemann me preguntó: —¿Gabriel, cómo está tu inglés?

Yo dije: —Solo me acuerdo de *very nice, wonderful, fantastic, beautiful y key*.

Monseñor me dijo: —Yo no sé sino el *yes* y el *not*. Te toca ir a confesar a una señora gringa que está acosando para venir a comulgar iporque es la fiesta de su cumpleaños!

Solo la santa obediencia me llevó al confesionario. Por supuesto que la gringa no salía del asombro porque a cada pecado que confesaba yo iba diciendo las palabras que sabía. Al fin, viéndola tan extrañada por mi alcahuetería sacramental *¿what, what?*, dije: —iRezate pues un *our father* y andate a comulgar!

La experiencia en el barrio Laureles de Medellín fue inolvidable. Me ayudó a conocer más

de cerca el corazón de la juventud de aquellos tiempos. Eran los años en que prácticamente expiraba una época: la de la normatización férrea de la vida, la de la disciplina porque sí, la del Catecismo Astete que hablaba de respetar a los mayores pero no a los niños ajenos a toda edad, gobierno y dignidad. La solución a los problemas estaba dada en fórmulas precisas. No había que preguntarse, solo responder; nada había para aprender, solo memorizar. La vida estaba completamente planificada, calculada, encasillada. En religión, el Papa era infalible y los obispos detentaban la misión de dirigir y gobernar. Los laicos eran pobres y menores de edad en una iglesia con un dominio total del clero. La vida económica era como la de hoy: tener, subyuga el ser. En lo sociocultural, la mujer era marginada o arrinconada al hogar. Para contemplarla, la llamaban la reina. La educación estaba dominada por lo que Paulo Freire denominó “educación bancaria”. Por su parte, la esfera política estaba circunscrita a los partidos Liberal y Conservador, dos maneras de acaparar las decisiones y dos maneras de alimentar un pueblo con promesas transformadas en frustraciones.

La república juvenil fue una propuesta para los jóvenes de los años 60: hacer una república de mentiras para ciudadanos de verdad. Se trataba de un trabajo juvenil eminentemente

formativo en valores y principios que dieran sentido a la existencia: votaciones sin fraudes, sin trampas, sin promesas incumplidas, elección de un presidente y unos ministros para presidir sus ministerios: el de apostolado seglar, el de finanzas, el de los medios de comunicación, cine, prensa, el de relaciones exteriores, el ministerio de parques y arborización y el de deportes. Teníamos un periódico *R. J. L.*, dirigido por María José Isaza Escobar. Desde un comienzo hubo dos concepciones del trabajo: la tradicionalista, presidida por Joaquín Vélez, que deseaba para la república un estandarte del Sagrado Corazón; y la progresista, con María José Isaza Escobar, que propugnaba por una república juvenil moderna, actualizada y laica. Mientras don Joaquín la quería clerical, con desfiles y procesiones, María José la deseaba con bailes, fiestas y eventos culturales. Ambos, don Joaquín Vélez y María José, coincidían en su inmenso deseo de aportar algo bueno a la juventud. Todos nosotros hoy los recordamos con honda gratitud y admiración.

Esta linda experiencia quedó consignada en nuestras memorias. Somos demasiado apegados a la verbalización de la cultura y pésimos para escribir.

Quisiera enumerar a cada uno, pero puedo pasar por alto algún nombre de los que felizmente formaron parte de esta inolvidable expe-

riencia de trabajo con la juventud. Hoy después de medio siglo, cuando me encuentro con algunos de ellos vuelvo a sentir que nacen alas a mi corazón para abrazarlos a todos con un cariño que por haber nacido inmenso, se mantiene intacto por encima del tiempo y la distancia.

Hoy todos ya están crecilitos, caminando por el sexto piso, son verdaderos valores en medio de la sociedad: responsables, consecuentes, honestos, brillantes en cada especialidad. Son buenos hijos e ilustres ciudadanos.

Termino este capítulo de mis primeros ministerios con el recuerdo más exótico y curioso: la vicescancillería de la curia. Durante seis meses presté el servicio más aburridor de todos: firmar papeles y papeles y cobrar estampillas. Por ahí llegó mi salvación. El señor vicario pastoral, monseñor Wiedemann, me dijo:

—No sufras por lo de las estampillas: no les cobres a los que son pobres de solemnidad. Entonces yo preguntaba a todos:

—¿Usted es pobre de solemnidad?

—¿Y para qué quiere saber?

—¡Pues para que no paguen nada!

Y... claro, todos se identificaban como pobres de solemnidad.

Al término de los seis primeros meses, la queja del tesorero de la curia, presbítero Bernardo Posada, produjo mi feliz destitución.

—Te mató el buen corazón, me dijo el arzobispo.

—Si sigues aquí podrás quebrar la curia, dijo el tesorero.

—Monseñor no se preocupe. Yo me voy de la vicecancillería, no tengo mayor dificultad.

—La sanción que te impondré, me dijo el arzobispo, tal vez te significó mucho sacrificio

—¡El que sea!

—La sanción es que te vayas a la Universidad de Salamanca, para que estudies liturgia y pastoral.

—Monseñor, yo me ordené fue para obedecer.

—Pero si te cuesta mucho esfuerzo este viaje, quédate tranquilo.

—¡Monseñor por Dios!, si la vida es de sacrificio, ¡estoy resuelto a lo que sea! Y el joven sacerdote de apenas veintisiete años se fue un 1.º de agosto de 1964 para Madrid, donde iniciaba el curso de liturgia y pastoral, acreditado por la Universidad de Salamanca.

Capítulo III

Europa

El viaje

El viaje, según las indicaciones de mi obispo, fue con el padre Jairo Mejía. Primero llegamos a Madrid. Gracias a él, entablé los contactos necesarios para iniciar el curso a comienzos de octubre. Agosto y septiembre los pasamos en París, donde el padre Jairo participó en un encuentro litúrgico. Luego viajamos a Roma, donde asistí a la tercera etapa del Concilio Vaticano Segundo. Fue muy impresionante para mí encontrarme en pleno Vaticano con todo el esplendor imaginable: la entrada de Pablo VI en su silla gestatoria, Castel Gandolfo, las Catacumbas, el Coliseo Romano, la Calle del Santo Oficio, en donde funcionaba el temible cardenal Ottaviani, al que le dije un osado compañero mío cierto día:

—Eminencia, ya no se escucha el ruido de las cadenas arrastradas por sus perseguidos, ni se oye el crepitar de los hornos por el plomo derretido, etcétera.

Entonces su eminencia alcanzó decir:

—Sí, ya estamos más modernos: ¡aquí todo es eléctrico!

En Italia me dejó el padre Jairo para que yo regresara por mis medios a Madrid. Antes de partir, me acuerdo que con el dedo señalaba en un restaurante un café para desayunarme. El vendedor, mirando el producto que yo señalaba me preguntó:

—¿Capuchino?

Y yo dije: —¡No, sacerdote secular!

Me fui de Italia con el corazón encogido por todo lo que vi y sentí en el Vaticano. Deseoso de enviarle a mi madre la famosa bendición papal, me fui a comprarla. Llevaba 500 liras pero el rubicundo monseñor me señaló con sus manos 3.000 liras. Entonces compré una chiviada pensando que para mi madre sería exactamente igual. Otro día, en plena Basílica, un monseñor de sotana roja con una varita daba golpecitos suaves a quienes se acercaban para dejar alguna ofrenda. Yo también me acerqué, pero primero quise preguntar:

—Monseñor, ¿qué efectos causan sus golpecitos de vara?

—Se te perdonan los veniales, hijo.

—¿Monseñor, por qué no me pega un garrotazo para que se me perdonen los mortales?

España del 64 al 65

El viaje a España fue sin contratiempos. Regresé a Madrid donde trabé amistad con gente previamente recomendada. Hasta un viaje en tren para conocer algo de Andalucía hicimos. Era una familia que perdí de vista, recomendada por Santiago Ospina. Ellos se preocupaban de su hermana, Pepita Ospina, a quien solo vi de paso, en este tiempo tratando de cuidarle su salud mental. Me impresionó en Andalucía la hermosura de la Alhambra: definitivamente uno queda fascinado con esta Europa que rinde culto a la hija predilecta de Dios que es la belleza.

Ya en Madrid, mientras el Instituto abría, me alojé en un hospicio para sacerdotes. Ahí estaban algunos mayores de los que me mantuve a prudente distancia por su manera de pensar. Especialmente me impresionó el presbítero y sociólogo Juan Botero, futuro director de las Granjas Infantiles. Con él no hubo empatía. Nos soportábamos sin desespero, hasta que finalmente el Instituto Pastoral abrió en los bajos del centro Juan XXIII, donde Alonso Moncada y su esposa Lalita estudiaban sociología. Aquí entonces comenzó una etapa nueva de mi vida.

Ingresé al Instituto presidido por Casiano Floristán, Luis Maldonado y Sustaeta. Con compañeros de la talla de Jesús Burgaleta, Fernando Torregrosa, Luis Marquiña y el mismo Quico Argüelles con su amiga Carmen, encontré exactamente las personas que mi sed de conocer y de vivir a Jesús necesitaba. A los muy pocos días de iniciado el curso, don Casiano Floristán quiso invitarme a vivir en una buhardilla que las monjas de La Asunción de Velásquez 88 ofrecieron. Nos fuimos don Casiano, Burgaleta, Torregrosa, Marquiña y el suscrito. Los cuartos eran de dos metros de largo por dos metros de ancho. Dormíamos con dificultad, arrodillados o sentados, pero éramos de verdad superfelices. Después de las eucaristías, nos servían el desayuno e íbamos al Instituto en buses que pasaban por la vía.

Don Casiano, que estaba recién llegado de Alemania, dominaba la jerga de Karl Rhaner. Posteriormente abandonó esa complicada terminología. Y a propósito de esta terminología, celebramos a don Casiano su cumpleaños con un sociodrama en el que aparecía en un ataúd, mientras sus discípulos hacíamos una celebración de la palabra. Las peticiones fueron tomadas de su jerga: oremos para que don Casiano, que se mantuvo abierto a los aspectos no éticos y dinámicos del anuncio del kerigma, según el eucologio de Serapión, despierte feliz al lucernario

de la pascua eterna. Escúchanos Señor. Para que desde la kenosis Paulina, a Casiano lo sorprenda feliz la parusía. Escúchanos Señor. Oremos para que no perezca don Casiano en la diáspora de sus expectativas, etcétera. De pronto don Casiano se incorporó de la tumba y nos dijo a todos:

—¡Dejen de carajear muchachos y recen por mí un rosario a la Virgen del Cerezo!

Don Casiano era el alma del Instituto. Don Luis Maldonado y Sustaeta era también maravilloso. Para la práctica pastoral me señalaron la comunidad de Moratalaz, presidida por Mariano Gamo, que cuando me escuchaba leer “sisaña”, traducía a los feligreses: —¡Nuestro hermano Gabriel quiere decir cccizzzaña! Allí en Moratalaz conocí a María Ángela y a su equipo de trabajo: Carlitos Fernández, Ignacio Delpón y Carlos Jiménez de Parga, que habían sido consagrados presbíteros ya profesionales de ingeniería y derecho. Tengo que reconocer que este contacto con tan formidable equipo fue algo que marcó mi vida para siempre. Allí en Palomeras Altas fue donde aprendí lo que significaba el sentido de comunidad.

María Ángela era una exjesuitina que resolvió, despojada de títulos, hábitos y privilegios, irse a vivir como una vecina más de uno de los barrios más pobres de Madrid. A ella se unieron en iguales circunstancias los tres sacerdotes

mencionados que resolvieron vivir como obreros rasos: Carlitos manejando taxi, Ignacio en una relojería y Carlos Jiménez de Parga resolvió pintar las casas como pintor de brocha gorda. La comunidad empezó a identificarlos como hermanos y a compartir con ellos lo mejor de su existencia pobre y sencilla. Para mí, que venía de Laureles y la empinada curia de Medellín, esta experiencia representó un golpe de gracia. Me acercó a la persona del pobre, no para mirarlo desde esa visión negativa en la que ser pobre aparece como algo esencialmente malo, sino desde una mirada más llena de esperanza en la que el pobre encierra unos valores que yo no sospechaba: la acogida, la alegría, el valor para enfrentar dificultades, etcétera. A su vez María Ángela me puso en contacto con sus amistades, especialmente la familia Matute Cárdenas que vivía en Barquillo 6. Debo añadir que también por ese tiempo conocí a una pareja colombiana inigualable: Alonso Moncada y Lala.

El Instituto, Mariano Gamó, el equipo de las Palomeras y los compañeros Jesús Burgaleta y Fernando Torregrosa transformaron toda mi vida. De todos estos contactos aprendí que la verdadera felicidad no es posible si nos aislamos de la gente, que la alegría se puede y se debe multiplicar al compartirla, que la Iglesia no son títulos y catedrales, ni ropajes de colores, ni honores, ni

miedos cultivados, ni apegos enfermizos a monseñoratos o cardenalatos, ni nada que sea distinto a la misericordia, revelada directamente de Jesús y vivida en la experiencia de lo cotidiano. En compañía de la madre Angola, Alonso Moncada, Lalita, José Antonio Matute, Inesita Cárdenas, su esposo y sus hijos —en Barquillo 6—, en compañía de todos ellos comprendí el significado de la amistad, la importancia de ir a lo fundamental, lo hermoso de descubrir que lo único que da vida a la vida son las experiencias de amor y de servicio desinteresado.

En España me entró el desgano por eso que llaman en clericato “ascender” buscando puestos. Se me invirtieron las categorías felizmente de lo hermoso, lo noble, de lo digno y lo importante. La tesina que presenté para el diploma llevaba un título novedoso: “Adaptación de los ritos de los indígenas en Colombia a la liturgia católica”. Yo me pegué de un deseo expresado en el Concilio Vaticano Segundo, en el sentido de mirar de forma diferente las culturas indígenas. El deseo textualmente lo pide: hacer esfuerzos por adaptar los ritos de la religiosidad popular a la liturgia católica. Mi obispo “Nos Tulio Bote-ro” fue a visitarme por los días que presentaba la tesis y me dijo bellamente: —Continúa tu sanción; vete a Francia donde los Vicentinos, para que hagas el curso de catequesis y sociología en

la Cato de París. —Monseñor, ¡estoy dispuesto a sacrificarme sin volver atrás! Y partí para Francia el 1.º de julio de 1965.

Francia del 65 al 67

Salí de Madrid con sentimientos de euforia por todo lo vivido. Una euforia creadora, instigadora de vida, capaz de amar y de sacrificarme. Tenía mi alma preñada de fascinación por esa Europa que nunca pensé conocer tan de cerca. Sentí por un momento oscurecerse todo eso tan maravilloso de la patria, para solo estar atento a la experiencia pasajera en Europa. A pesar de ver que en Colombia es más bello el cielo y el suelo; que allí todo es más verdadero (las casas, la comida sana, los frutos recién cogidos, la leche recién ordeñada con la crema vivita); que en mi patria cuando preguntas por una dirección quisieran caminar contigo; que si no puedes o no quieres llevar la maleta, te resultan no pocos que quieren llevártela por lo que quieras dar; que si preguntas en las tiendas por alguna fruta escasa y te responden no lo hay, en cambio te ofrecen buñuelos calientes; a pesar de todo eso y más, llegué “alumbrado” al París de la Tour Eiffel y del francés, del Sena y Notre Dame, de los bulevares famosos y los Campos Elíseos. Arribé al París del Arco del Triunfo y del barrio Pigalle, contra el cual me previno el padre Toñito cuando me advirtió:

—¡Hijo si vas a Francia ten mucho cuidado con esas mujeres de Pigalle! ¡Son horriblemente peligrosas!

—Tranquilo padre Toñito, dije de inmediato: ¡Si llego a verlas, yo me tiro tres padrenuestros arriaos!

Por cierto que cuando regresé a Colombia me preguntó el padre Toñito:

—¿Cómo te fue mijo con las mujeres de Pigalle?

—Padre Toñito, me hicieron rezar varias veces el salterio.

Mi francés en París, recién llegado, solo me alcanzaba para pedir el *café au lait* y desde luego los *formaje*, que para eso estaba en la capital mundial de las más de 300 clases de quesos azules, amarillos, blancos, con gusanos o sin ellos, redondos, cuadrados y rectangulares. Nunca olvidaré cuando tomé el metro por primera vez y por no estar preparado me fui encima de una dama cuando frenó el metro un poco brusco. Como tumbé a la señora, dije con mi francés de cuarto de bachillerato:

—*Excuse moi madame, je vous e pisé*. Yo quería dar mis excusas porque la había pisado.

Pero claro, la dama francesa me gritó furiosa: —*C'est pas possible! Mais no C'est pas possible!* Yo volvía a asegurarle: —*Je suis sure madame!*

Estoy seguro, ¡la pisé! Entonces un colombiano se me acercó:

—¡Hombre, *piser* es hacer pipí! ¡No te hagas matar de esa vieja! Decíle: *Je vous e donné un coup de pied!* Y solo así la dama se calmó.

En un restaurante dije al mesero: —*Monsieur j'ai femme!* Quería decirle: señor, tengo hambre, pero él me respondió: ¡felicitaciones señor! Yo debí decirle *j'ai faim* porque *le femme* quiere decir: ¡yo tengo mujer!

Fue necesario ingresar a la Alianza Francesa para poder entender el francés de los profesores de la Cato, y desenvolverme en la celebración de la eucaristía. El primer hospedaje fue en la Rue des Sevres, deprimente, con horario temprano para entrar por la tarde. Las 6 en punto y, si no, afuera. Entonces nos fuimos tres compañeros y yo a vivir a Fontenay-aux-Roses: Pepe Ruiz, Andrés Opazo, Jacques Dupont y el suscrito. Argentina, Chile, Francia y Colombia. Tal vez no aprendimos mucha catequesis pero sí a vivir una vida de mutua colaboración, de amistad, de estudio y reflexión, todo ello con canciones en guitarra que hacia decir a los vecinos: es el único apartamento donde en lugar de niños hay guitarras. Hacíamos las compras, nos ayudábamos en el estudio, el aseo por turnos y juntos viajábamos a la universidad en tren a una hora de París.

En la Cato, Instituto Católico de París, tuve la suerte de contar con profesores que eran estrellas en el panorama de la pastoral para la Iglesia

de esa época: Père Liegé, Père Babin, Père Le Du; Père Congar, Père Danielou, Père Audinet. A Danielou creo que lo hicieron cardenal. Murió de repente en una casa de prostitución, según dicen, ayudando a las mujeres de vida libre. En todo caso, Danielou fue un biblista uno A. Por su parte, Père Liege fue un teólogo de lujo; Ives Congar, cardenal y orientador del concilio; Père Audinet, inigualable en catequesis y Père Babin, autor de muchos textos y maestro para orientar y dirigir los *stages* famosos de la Cato.

Durante las primeras vacaciones logré viajar a Roma y luego visitar Tierra Santa con Amalia Restrepo Moreno, gran amiga desde el tiempo de Laureles. Primero Roma: alegría y dolor, emoción y decepción: la ciudad y el Vaticano. La ciudad es un himno a la historia milenaria. Toda Roma es una fiesta de luz para percibir de cerca lo que uno sueña como antigüedad. Es una delicia estar en una ciudad donde Leonardo y Miguel Ángel llaman a Dios luz. Estoy de acuerdo con el maestro de Envigado, cuando dice que el único arte verdadero es la escultura, a la que llama “la obra de Dios”. Esta mirada se mantiene viva cuando vos penetras en el mismo Vaticano. Pero ocurre que ahí uno vive en un contraste muy complicado cuando ves que la capital, el centro del catolicismo, es un despliegue de tanto esplendor y tanto lujo. Sufrís un choque interno

porque no aparece ahí la humildad y la pobreza del Jesús de Nazaret que llevas dentro.

El viaje a Tierra Santa fue así: salimos de Roma en tren vía Brindisi, con Amalia muy impresionada por el cambio que en mí se iba dando del cura formal, tradicionalista en muchas cosas, con conciencia ingenua en casi todas, al cura que iba siendo después de mi paso por España y un año en Francia. En Brindisi tomamos el barco en el que navegamos por cinco días. Durante el viaje una mujer árabe estuvo contándome acerca de su pueblo toda suerte de tristezas. Lo único que pude ofrecerle fue la escucha paciente y cariñosa. Fue un viaje más bien difícil, porque cuando la mujer árabe me dejaba, me iba al cambuche y allí empezaban los mareos del barco. Era la primera vez que montaba en un barco y fue la última también. Así llegamos a El Cairo en Egipto: miseria por las calles y riqueza histórica en los museos. Fue en esas galerías de la cultura egipcia donde me pregunté por primera vez si no vamos para atrás. Miles de años antes de Cristo, ya los egipcios tenían materiales de construcción que hoy no conocemos. Claro, no se producían desechables como en esta sociedad de consumo que la estupidez humana, con el afán de enriquecimiento perpetuo, ha creado para nuestra ruina.

Al día siguiente nos permitieron ir a conocer las pirámides de Egipto montados en camello.

Recuerdo que los muchachos que llevaban de las bridas el de Amalia, no la querían dejar bajar si no daba primero cinco dólares. Amalia me consultó y yo no dudé en decirle: —Si prefieres quedarte encima de un camello con cinco dólares en tu bolsillo, ¡te vas a perder esta excursión que apenas está comenzando! Amalia no quiso penetrar en las pirámides: el calor estaba en 36°. Aun así nos detuvimos maravillados al ver semejantes moles. Transportadas, ¿cómo? Después de las pirámides continuamos el viaje en autobús. Pasamos por los cedros del Líbano, Gaza, el Mar Muerto y el Jordán. Llegamos a Jerusalén y ahí fuimos al Monte de los olivos y la Iglesia de la Resurrección. Igualmente fuimos a Belén. Más adelante visitamos en Nazaret el lago de Cafarnaún, el monte de las Bienaventuranzas y la basílica de la Anunciación.

Tristeza y desolación: los franciscanos en el negocio y las construcciones de mal gusto. No, no hace falta viajar a Tierra Santa para vivir la propuesta de Jesús. Preferible no viajar. El que va a Tierra Santa para avivar su fe, es como el que necesita ver el cadáver de su ser querido para recordarlo mejor.

De regreso pasamos por Atenas, de la que solo recuerdo el Partenón. Al regresar a París, tuve tiempo completo para acompañar a un grupo de estudiantes franceses a Torquay en In-

glaterra. Me tocaba celebrar en inglés. El monitor del grupo me respondió la pregunta de si se entendía: —¡No mucho, pero tenemos algo que ofrecer al buen Dios!

El regreso a Colombia fue en marzo del 67, un año después de la muerte de nuestro amigo Camilo Torres. Varios estudiantes colombianos regresamos a la patria deseosos de trabajar junto a los pobres por los que Camilo luchó hasta entregar su propia vida, en su búsqueda de ser consecuente con el Jesús del Evangelio, leído en clave política y social.

Capítulo IV

Barrio Santo Domingo Savio

Al llegar a Medellín, en marzo del 67, pedí a mi obispo, monseñor Tulio Botero Salazar, que ya que la arquidiócesis me había dado la oportunidad de estudiar fuera del país, me permitiera irme a un barrio donde pudiera aprender de los más pobres el sentido de la vida, a lo cual accedió con mucho agrado. El barrio Santo Domingo Savio fue señalado por mi obispo para fundar mi primera parroquia en Medellín. El padre Hernando Barrientos me presentó un Domingo de Ramos a toda la comunidad, de la cual me enamoré perdidamente. Muchos son los recuerdos de esos tres años, quizá los más inolvidables de mi ya largo recorrido. Por mi mente pasan Polo y los Quiceno, La Coneja, y aquellas luchadoras de las causas nobles, Domitila y la Pastora; el barrio La Candelaria, La Esperanza y el Centro edu-

cacional La Balastera; el doctor Alfonso Ochoa, que apoyó toda la tarea de concretar sueños y esperanzas en calles y avenidas; la construcción del tanque de agua y la formación del primer grupo asociativo que dimos en llamar La Balastera. Para la primera Semana Santa fui un acompañante de las ceremonias que Polo organizaba, especialmente el Viacrucis, con Darío Cortés haciendo de un Jesús, que dijo en la cuarta estación a su querida madre, una mocetona de dieciocho años: —¡Mamacita!

El trabajo se inició con una de mis torpezas: vi un sitio ideal para un espacio al aire libre donde poder celebrar la cotidianidad de la vida espiritual, cultural y social como un centro barrial comunitario. Comenzamos a construirlo, pero hubo un temblor que derribó lo hasta entonces levantado. Nadie ayudó a la reconstrucción. Ante mi extrañeza por tal pasividad, una anciana me enseñó que había que partir de la gente siempre en todo, cuando dijo en una reunión:

—Es que lo que aquí necesitamos no son teatros al aire libre, sino ante todo el agua que nos falta.

Aquella anciana nos señaló el camino que debíamos seguir. Fuimos a las fincas vecinas a decirles:

—¡Rebájenle agua a las piscinas, porque hay una comunidad que no tiene agua!

Así lo hicieron. El doctor Alfonso Ochoa dirigió la construcción del tanque y empezamos a

abrir la brecha de la tubería. Al fin con dos banderas blancas dimos la señal: —Si no sube el agua, seguimos trabajando, si el agua llega al tanque, destapamos frescos para todos, nos dijimos. Ese día nos bañamos de la felicidad. El agua fue llegando a las casas, como un regalo de salud y alegría para todos. Después del agua, seguimos con la distribución de los terrenos. La Junta de Acción Comunal los asignaba por pequeñas sumas. El mío costó \$374 que pagué en dos cuotas.

El urbanizador pirata Nicolás Restrepo nombró sus esbirros para detener los banqueros y bloquear las construcciones. Hizo de todo: fue a la curia y me hizo llamar de monseñor Pachito Duque (que era como Ratzinger en miniatura de ese tiempo en Medellín), aunque sumamente risueño y calmadito. Cuando me presenté a la curia, allí estaba Nicolás, el urbanizador pirata.

—Monseñor —dijo Nicolás— dígame al padre Gabriel que me acepte el terreno que quiera para la construcción de la capilla y la casa cural, pero que haga saber a la gente que soy el dueño de esas tierras.

Mi respuesta fue inmediata: —Yo hice estudiar sus títulos, don Nicolás, y cinco abogados coincidieron en afirmar que son títulos falsos. Yo no puedo aceptarle donación de terrenos porque así me ato para defender a los más pobres y recuerde lo que dice el papa en la *Populorum*

Progresio: que nadie puede adueñarse de lo que no está en capacidad de administrar.

El tal Nicolás envió dos policías para impedir que doña Domitila construyera en su banqueo. Me llamaron:

—Gabriel, la policía está atropellando a Domitila. Me fui derecho allí para ayudar a defenderla mejor.

—¿Por qué hacen esto señores?

—Nos envió la inspección de Guadalupe, respondieron.

—Nosotros nos oponemos a este atropello, dijimos.

Entonces la policía dijo a la gente:

—¿Y es que están muy contentos con Camilo Torres?, ya verán.

Se fueron al teléfono público y pidieron refuerzo policial. ¡Vinieron como 35! Sacaron a doña Domitila, agarrándola por el bracito que tenía quebrado y ante los gritos de dolor se vinieron todos los habitantes del barrio:

—Si se llevan a Domitila nos tienen que llevar a todos.

La policía aceptó el reto y cuando todos nos subimos a sus carros estos empezaron a inclinarse con peligro de volcamiento por el terreno movedizo.

—¡Paren, paren! Dejen de subir a esos carros que nos vamos a joder, dijo la policía.

En esos momentos apareció monseñor Wiedemann —en ese entonces vicario de pastoral—. Venía de la finca del padre Barrientos. Se detuvo. El comandante dio su versión pero luego escuchó la de la comunidad y sin dudar propuso que en lugar de ir a la cárcel fuéramos a la curia para hablar en calma ya que había mucha exaltación. El barrio estaba literalmente rebotado. Cuando regresamos de la curia, nos fuimos a la capilla y allí celebramos la eucaristía de la no violencia combativa.

Desde aquella tarde nos propusimos organizar un congreso en el barrio sobre el tema de la no violencia. Para ello me puse en contacto con los animadores y simpatizantes de este movimiento, considerado fundamentalmente como un espíritu. Álvaro Villa, mi gran amigo y hermano, posteriormente asesinado, me puso en comunicación con Jean Goss y su esposa Hildegard. Comenzamos a invitar a los no violentos de Argentina y de Ecuador, de Venezuela y de Bolivia, de Chile y de Uruguay. También vinieron de Costa Rica, Panamá y de Estados Unidos. De este último país llegó Glenn Smyle, profesor de Martín Luther King. De Bogotá vino José Galat Numer, Alonso Mocada y Lalita, mis amigos de España. También contamos con la participación de Jaime Díaz, Óscar Vélez, Jota y monseñor Gerardo Valencia Cano, amigo y paisano mío. El

encuentro duró una semana y se realizó a finales del 68. Por las mañanas, estaban programadas charlas sobre temas relacionados con la no violencia: la paz, el perdón, la justicia, los métodos de la lucha no violenta, etcétera. Por las noches, después de la eucaristía, había fiesta bajo las estrellas, que aprovechábamos para comentar los temas y las conclusiones, confrontándolas con el sentir y el entender la comunidad. Hacíamos dinámicas, chistes zanahorios y canciones. Glenn Smyle pidió un deseo antes de competir por el último taburete del juego menos uno: —*Please, send my body to my wife!* Y a Alonso Moncada se quitó del ayuno con el que iniciamos el congreso como gesto de solidaridad con los hambrientos: —*iGabrielito, déjame quebrantar este ayuno tan berraco que yo me comprometo a hacer cara de penitente!* Lo más interesante del congreso fue la convivencia de los participantes en las casuchas de los pobres.

En ese tiempo se construyó la capilla, donde todo era de ladrillo. El confesionario era un asiento de ladrillos y una pared de ladrillo y unas cadenas hechas de cemento, con un letreiro que decía: “confesarse es romper las cadenas del egoísmo para encontrarse con el hermano”. Luego un ladrillo paradito que terminaba en una llama era el bautisterio. O sea, el bautismo es una iluminación para ver la vida de otra manera. Lue-

go las imágenes: la Virgen, una gordita de ladrillo y San Francisco de Asís, ambos mirando hacia el Cristo. Este Cristo se llamó el Cristo de \$49. Porque en realidad costó \$49. Ladrillo y cemento, los mismos materiales con los cuales la gente construía sus casas en el barrio Santo Domingo Savio. El trabajo lo hicimos entre todos con la dirección artística de Saúl Montoya. Fue concebido como expresión de que es a partir de la realidad como se construye la esperanza, como se construye la utopía. Es partiendo de la realidad, de lo que hay, de lo que existe, y no partiendo de dogmatizaciones y de conceptualizaciones en el aire, como se construye el reino.

Después del Congreso, iniciamos la cooperativa, formamos el coro de los niños, le trabajamos a mejorar las viviendas, conseguimos el transporte de los buses e impulsamos la industria del tercer zapato. Por el barrio Santo Domingo se hizo presente el consejo parroquial del cual formaba parte don Matías. La preparación de los alimentos estuvo a cargo de un nutrido grupo de señoras, las Quicenos, las dos Teresas y muchas más.

Esta experiencia del barrio me llevó a participar en el encuentro de Golconda y en el grupo SAL (Sacerdotes para América Latina). Vamos a recordar entonces la experiencia de Golconda. En realidad las cosas sucedieron primero en Viotá, Cundinamarca. Un grupo de sacerdotes,

veinte me parece, se reunió con monseñor Valencia Cano. Fue un primer campanazo. Desde allí se convocó a un segundo encuentro para realizarse en un campamento militar de Buenaventura. Ahí fuimos convocados 49 sacerdotes con monseñor Valencia a la cabeza, aunque no era él quien dirigía el encuentro. Se propusieron comisiones de historia, teología y pastoral.

La primera tenía como tarea presentar un cuadro vivo de la realidad política económica, religiosa y social de Colombia. La segunda trataba de mirar la realidad con la luz del evangelio; y la tercera proponía tareas y compromisos para transformar la realidad. Fue un compartir que marcó, me parece, un momento significativo en la historia del país, y, especialmente, en la historia de la Iglesia. Los militares dueños de la finca, de haber sospechado el resultado del encuentro, se hubieran molestado con nosotros. Pero la presencia de mi paisano monseñor Valencia, obispo de Buenaventura, puso un manto de confianza en el encuentro. A los pocos días de estar de nuevo en nuestros sitios de trabajo, el entonces presidente de Colombia, Alberto Lleras Restrepo, se dirigió al país por la televisión y alertó a todas las autoridades, incluidas las eclesiásticas, contra lo que él llamó “los curas rebeldes”. Hubo persecución, desconfianza y hasta detenciones, por el hecho de haber estado en el encuentro de Golconda.

Tamaño susto nos llevamos monseñor Valencia y yo cuando ambos salíamos para un encuentro de la no violencia en Ecuador. Estábamos hablando por teléfono en las cabinas del aeropuerto Olaya Herrera, cuando dos agentes de inteligencia del DAS nos detuvieron y condujeron al comando para interrogarnos. Ahí me salvó el obispo de un susto mayor cuando dijo: —En Ecuador nos esperan hoy mismo, ¿ustedes se encargarán del viaje entonces?

Estoy convencido de lo importante que fue Golconda en su momento: un despertar de la conciencia, una sacudida fuerte o, como dicen hoy, una buena pellizcada. Fue una llamada a encarar nuestra cruda realidad para comprometernos a ayudar con su transformación desde el Evangelio. Todo era sueños. En todos había una gran sinceridad y la decidida voluntad de apostar la vida por el cambio, que podría darse en poco tiempo. Nos sentíamos alentados por la conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín y desde luego por la novedad de un concilio que nos hablaba de la Iglesia como pueblo de Dios.

En Golconda nos comprometimos a fondo. Quizá se nos agotó también el documento en lo político y tal vez no apareció con la nitidez que se necesitaba la referencia al Jesús de nuestra misión, el llamado a ser presbíteros por vocación y no simples funcionarios. Al grupo de Golconda, que duró

solo un par de años, siguió el de SAL. Ya más amplio a nivel nacional, decidimos juntarnos por zonas: Bogotá, la costa y Antioquia. Creo que en SAL no se contradijo en nada con Golconda, pero ahí la referencia a Jesús fue muy central e insistente.

Termino este capítulo con el recuerdo de mi salida del barrio Santo Domingo Savio. Fue un Domingo de Ramos por la noche. Yo había bajado a la ciudad para visitar a mi querida madre. En el noticiero de las siete de la noche escuchamos la noticia: trasladados a otras parroquias de una vez todos los párrocos que habíamos firmado el documento de Golconda. Inmediatamente, me fui para el barrio y encontré la capilla abarrotada de toda la comunidad que no entendía ese traslado. Lloramos juntos. Al final de las conversaciones, salió una consigna: obedecerle al obispo, previa explicación del traslado, si el prelado quería darla. Yo estuve de acuerdo en no moverme del barrio hasta obtener una explicación episcopal. Dos meses duró el “autosecuestro”. Finalmente, la misma comunidad me dijo: —No queda más remedio, el obispo dice que si no te dejamos ir nos quitará el carácter de parroquia. Que él tenía toda la autoridad para exigir obediencia y no necesitaba dar explicaciones.

Fue muy dolorosa la salida del barrio Santo Domingo Savio para San Antonio de Prado en junio del 69. Siempre he creído que escuchar los

gritos de la gente, unirse a sus alegrías y a sus sufrimientos transforma la vida y el corazón. Aquí es donde aparece el Jesús que trastornó mi vida. En el momento de salir del barrio, descubrí una vez más que Jesús es armonía de contrastes, síntesis de extremos antagónicos en apariencia. Vi en ese momento algo que se ha repetido a lo largo de mi vida: que hay cosas que parece que no se pueden conciliar y que están como destinadas a oponerse unas a otras, pero que en la lógica del Dios de Jesucristo son complementarias.

Años después Alfonso López Trujillo subió al barrio y mandó tumbar el Cristo de ladrillo. Aunque al final monseñor logró destruir el Cristo —el que hay ahora lo reconstruyó otro sacerdote afuera de la iglesia—, ese día la gente de la comunidad intentó evitarlo y rodeó la imagen:

—¿Por qué va mandar tumbar el Cristo?, preguntaron a monseñor.

—Es un mamarracho, respondió López Trujillo.

—Es un mamarracho que vale mucho la pena porque es un recuerdo de Gabriel Díaz.

—Recuerdos quedan muchos otros, dijo su eminencia con ironía.

—Este Cristo lo admiraron y les pareció muy lindo a todos los que vinieron del mundo al congreso de no violencia.

Cuando la gente arremolinada reclamó al obispo que el Cristo era bonito, que lo habían

venido a mirar de varios países, el obispo dijo irónicamente: —Ala, ¡por los gustos se venden los calamacos! Ala, ¡eso en gustos nadie tiene la última palabra!

—No mande tumbar ese Cristo porque ese Cristo ya me hizo milagros, pidió una señora.

Eso ofuscó al obispo: —Ala, que les parezca un recuerdo de Gabriel, y que les parezca bonito, ¡pase! Pero que un Cristo sin cara haga milagros, ¡eso es ridículo!

Otra señora, Pastora Yepes, que era del grupo de pastoral, dijo: —Monseñor es que con el padre Gabriel aprendimos algo que ustedes dijeron en Puebla: “el rostro de Cristo son los pobres”.

Capítulo V

Diversos ministerios

San Antonio de Prado

También mi llegada a San Antonio de Prado fue difícil. En la inmensa iglesia parroquial donde llegué para posesionarme ante el padre Hernando Barrientos, una sola anciana me preguntó: —¿es usted el que viene a quitarnos nuestras tradiciones? Esa pregunta reveló toda una campaña destructiva de mi antecesor (de cuyo nombre no quiero acordarme). El padre Barrientos desapareció y también aquella anciana. Oré por todo aquello que venía encima. Debí enfrentarme a una de las parroquias más tradicionales después de acompañar una comunidad sin más tradiciones que su necesidad de luchar por un pedazo de tierra para vivir con la ilusión de forjar un nuevo amanecer. Pensé, carajo, seguiré adelante: el Dios de la vida no es el que baja a Jesús

de la Cruz, sino el que da fuerzas para que se quede, asuma la condición humana y la libere. Dios no es el que soluciona los problemas sino el que ayuda a permanecer en la complejidad, en el espesor de la realidad a la manera de Jesús.

En los primeros días me mantuve en pie, por el recuerdo cariñoso de Santo Domingo, el Sabio. Todo lo vivido en lo que fue mi primera parroquia me daba vueltas en el corazón en forma tan intensa que la soledad de San Antonio y el marginamiento causado por mi antecesor no me golpearon. Un gran amigo y compañero, Javier Betancur, el sacristán, me hizo más llevadero el caminar, cuando, enseñado a celebrar con la capilla abarrotada de Santo Domingo, apenas había en San Antonio un minúsculo grupito, no superior a las dieciséis personas que se atrevían a venir a la celebración eucarística del nuevo párroco. El gran Javier me dijo: —Padre aquí, si no se pone la sotana, va a ser difícil. Si lo hace así, poco a poco la gente irá viniendo.

Así ocurrió y no solo eso: empecé a recorrer las calles y a aguantar con paciencia el cierre de los postigos a mi paso. Visité cada una de las veredas, las más cercanas y las más distantes, en donde los campesinos despojados de toda prevención me recibieron con cariño. No podré olvidar los campesinos de La Loma, en donde la familia Mesa me acogió como en Betania. Doña Clarita y don

Francisco, patriarcas, y sus hijos Blanca, Ester, Florianita, Gabriel, Tiberio, Alberto e Ignacio, el gran artista, me recibieron como estrenando corazón para el recién llegado. Esta amistad con la familia Mesa marcó la orientación de mi camino al servicio de los campesinos. La Loma fue la primera de todas las veredas que he podido visitar, servir y acompañar a lo largo de 35 años.

Con el correr de los días, la gente fue entrando en confianza. La primera Navidad estuvo acompañada de villancicos que buscaban tomar conciencia de la realidad:

Pero mira como cantan
todos en Navidad.
Pero mira que mentira
si no buscan la paz.
Cantan y cantan
y vuelven a cantar
mientras que por
su culpa otros tienen
que llorar.

El inspector no se sintió a gusto con el nuevo estilo. Me pareció que yo no era de los que le caían bien. Un suceso nos acabó de distanciar. Un señor X resolvió tapar con una puerta el camino a la vereda de La Loma, desconociendo así una servidumbre centenaria. Los campesinos vinieron a quejarse y yo dije:

—Vayan donde el inspector, que es el indicado para estos casos, él es la autoridad.

Así lo hicieron y el inspector dijo sin titubear: —Tumben la puerta bajo mi responsabilidad. La tumbaron, pero el señor que había puesto aquella puerta se fue para obtener del inspector una orden terminante:

—¡Vuelvan a poner la puerta!

Y ahí sí estuve yo para decirles: —¡No permitan que nadie se burle de ustedes, que no jueguen con los campesinos! El inspector envió la autoridad, pero los campesinos no atendieron aquella orden tan injusta de volver a colocar la puerta.

Así se produjo lo que estaba preparado: el arzobispo me trasladó a Santa Mónica, después de haber sido acusado. Con apenas siete meses, terminé mi ministerio en San Antonio, con las exequias de la señora portadora de la orden de traslado.

Santa Mónica y San Pablo

En enero de 1971 comencé de párroco en Santa Mónica, remplazando al inquieto padre Hernán Montoya. Allí pasé ese año en un ambiente que no había servido nunca: ¡El de mi propia clase media barrigona! Todo el año transcurrió entre la atención pastoral y la preparación de mi salida para quedarme de capellán en el Colegio parroquial, el San Pablo, la mejor experiencia educativa de mi vida.

El colegio San Pablo se fundó para acoger a todos los muchachos de muy bajos recursos de Miraflores y sus vecinos, habitantes de las barriadas. Con ellos tuvimos la experiencia educativa más inolvidable: dimos luz verde a lo que fue la autodisciplina. Los estímulos y las sanciones eran decididos por una junta en la que los estudiantes eran mayoría. Había naturalmente representación de los profesores y de los padres de familia, del rector, Carlos Vásquez y del capellán. El profesorado era voluntario, Álvaro Ramírez, Toño Puerta, Juan Guillermo Múnera; Nora Luz Arredondo, Beatriz Restrepo, Vladimir Zapata y otros. Ellos sembraron en la muchachada de todos los valores éticos y espirituales que son como el equipaje para esta travesía.

Promediaba el año 1972. Las religiosas del Sagrado Corazón comenzaron a comprometerse radicalmente con los pobres; así resolvieron compartir una parte del local de su colegio con los muchachos del San Pablo. Todo fue muy enriquecedor al comienzo. Pero los padres de familia de las niñas no se sintieron muy a gusto con la experiencia educativa del San Pablo en su colegio. Así que tuvimos que desocupar y volver a los estrechos salones del San Pablo, que finalmente fue cerrado por orden de la curia.

Nos habíamos trazado un plan educativo, así:
— Primer año: educación personalizada.

— Segundo año: educación liberadora.

— Tercer año: educación política del compromiso con el cambio.

Florecían por doquier los sueños de un mundo menos injusto, de un nuevo amanecer para la patria. ¿Tal vez nos aceleramos? Tal vez no nos entendieron. ¡El cambio era un sueño para realizar al día siguiente a las cuatro de la tarde! Nos queda el recuerdo de una experiencia educativa que se adelantó a los tiempos. Bastaría conocer siquiera un poco el reglamento del San Pablo.

Boquerón

Quiero terminar este capítulo describiendo la experiencia de Boquerón, porque fue mi última parroquia, aunque me adelanto un poco en la historia para el capítulo siguiente: mi paso por las instituciones Futuro para la Niñez, Barrios de Jesús y más tarde Codevi.

El entonces arzobispo de Medellín, Alfonso López Trujillo, me ofreció una parroquia con cierto tonito imperativo. Yo dije que no era muy bueno para lo que llaman obediencia ciega, porque me parecía que era necesario tener no solo el corazón sino los ojos bien abiertos para meterme en una parroquia que me hiciera perder mi identidad de servidor, para gastarle casi todo tiempo al “pésimo” administrador que siento ser. Al fin me vino bien aceptar a Boquerón, en

el poco espacio de área rural que le quedaba a la arquidiócesis después de la diáspora de Girardota y Caldas.

Doce años estuve animando la comunidad, desde la vereda de San José de la Montaña, yendo también a Boquerón, El Llano, La Ilusión, Yolombó, La Curva, Pajarito y El Picacho. A los tres meses de nombrado, el señor arzobispo me dirigió una carta: “el obispo tiene no solo el derecho sino, el deber de saber sobre la vida de sus sacerdotes; le ruego responderme brevemente: primero ¿cómo está?, dos ¿qué hace usted en la parroquia?, tres ¿a qué se deben sus ausencias que según me han informado son muy frecuentes?”. Mi respuesta fue tan lacónica como él quería: “Estoy bien gracias a Dios, anunciar con mi vida a Jesucristo y mis ausencias se deben a la necesidad de entender el programa rural de barrios de Jesús que usted dejó en el vacío cuando me nombró para esta comunidad”.

Básicamente lo que traté de hacer en Boquerón fue darle cuerpo y vida a la parroquia que le había tocado iniciar a Sergio Duque, que además debía atender la Bolivariana y los *scouts*: trabajar la parroquia en pequeños grupos, descubriendo así el sentido de la propuesta de Jesús cuando nos dice “el Reino de Dios está cerca”.

La primera Navidad sirvió como convocatoria para hacer una verdadera comunidad, no una

montonera, ni una estación de “servicios” que eventualmente solicitamos para “cumplir”. El segundo paso fue el de conocer las familias casa por casa, creando un ambiente de confianza y amistad. El siguiente fue comenzar a organizar los diferentes grupos: el de los “pitufos” —niños en edad preescolar—, el de acordes, los deportistas, los jóvenes, las parejas, la tercera edad, la acción comunitaria, el consejo pastoral, la junta económica. Al mismo tiempo empezamos a mejorar la capilla y a construir la pequeña casa parroquial.

El ambiente se fue transformando. Se fue rompiendo cierto aislacionismo. Las barreras del egoísmo se fueron resquebrajando. Nadie se sintió excluido. Fue un trabajo alegre y optimista. El hecho de vivir en la comunidad y estar libres de todo otro compromiso por fuera de la misma, imprimió solidez a los esfuerzos de todos. Fui feliz en Boquerón, aunque al final las cosas fueron dolorosas. Tengo muchos recuerdos: el primer jardín infantil, el bachillerato radial, los equipos de jóvenes deportistas jugando en el atrio parroquial, el parquecito de los niños, la cooperativa de consumo, las diversas capacitaciones, el billar para sostener los gastos, los paseos con los grupos de niños y prejuveniles, las largas caminatas al cerro del Padre Amaya o los montes vecinos para regresar con el helecho para el cerdo en las fiestas o cargados de musgo para los pesebres; cuando

echábamos los bultos a rodar o las cometas a volar o aquellos globos tamaño gigante con figuras de vacas o de cerdos, sin olvidar las noches de fogata cantando las canciones con Carlitos, con Elías y los hermanos Correa; hasta un grupo de teatro creativo se montó y los más tímidos se disfrazaron para la presentación en la capilla.

Los sábados atendía no solo a San José sino a la Curva y los domingos a las once de la mañana era la fiesta de la eucaristía con creciente participación, sin olvidar las de Yolombó y El Picacho, las de La Ilusión y El Llano. Qué recuerdos, qué vivencias, cuánto para agradecer a quienes viniendo desde Medellín me acompañaron: Blanca Mesa, Carolina Betancur, Cruz Estela Rendón, Daniel Estrada, Héctor Ramírez y tantos otros que me sería largo enumerar aquí. Todos ellos apoyaron la labor del Consejo de Pastoral, del cual formaron parte Dorita Toro, don Isidro, Luz Marina Muñoz y Míriam Torres, la familia Vásquez, Carlitos Ortiz y su señora. También formamos una banda de niños para burlarnos de la guerra. Era una banda hecha con instrumentos de paz: tapas de ollas, palos cruzados, cuero de taburetes, sonajeros de tapas de refrescos ensartadas en una tabla con sus agujeros, etcétera.

Todo terminó en un momento desafortunado para mí: un sacerdote, de cuyo nombre no quiero acordarme, me quiso quitar la parroquia

porque se empeñó en hacerle creer al arzobispo que a él lo pedían con firmas y a mí me rechazaban. Monseñor Rueda, que acababa de ingresar a la arquidiócesis, se tragó el cuento y me ofreció cualquier otra parroquia. Pero yo por dignidad personal y en rechazo a lo que me parecía deshonesto, no acepté y me fui del país por tres años: primero a Bonaire y luego a Palmer, en Puerto Rico. De esta experiencia del Caribe, vamos a tratar en el próximo capítulo.

Capítulo VI

Ministerios fuera de Colombia

Costa Rica

En el año 1988, cuando llevaba justo ocho años de párroco en Boquerón, escribí al Dei de Costa Rica, para solicitar una beca que me permitiera estudiar algo de teología en el Departamento Ecuménico de las Investigaciones, la cual me fue concedida felizmente. El curso duró cinco meses. El padre Sergio Duque me remplazó en la parroquia mientras tanto. En el curso éramos setenta estudiantes. El director académico, Pablo Richard, y el profesor de teología vista desde lo político, Franz Hinkelamet, fueron geniales.

Compañeros inolvidables fueron para mí la hermana Nora Zuleta con el evangelio lleno de frescura en su corazón de misionera comprometida con los más pobres y siempre inquieta en poner a interrogar a su comunidad desde el ca-

risma fundacional de La Presentación. Tampoco olvidaré a Serafín, el de las comunidades de Haití; a Mireya Baltodano, la excelente secretaria; a Tuyibikile, el africano que hizo de las suyas; a la pareja de los mexicanos, ennoviados; al estudioso Norbert, el de Adveniat de Alemania y tantos otros, con los que compartimos inquietudes, sueños y esperanzas, arrumados en un pequeño edificio, haciendo extensas colas para la comida —con lavado de platos incluida— y durmiendo en “osario común con camarote hasta de seis pisos”.

Las jornadas eran intensas: levantada a las cinco de la mañana, oración, aseo de cuarto después de la bañada en duchas frías y también por turnos. El desayuno era a las siete para iniciar a las ocho la mañana las conferencias diarias. Después del almuerzo a las doce, había un rato de reposo hasta las dos de la tarde, cuando iniciábamos los talleres por temas de mucha variedad: educación para la vida, cómo anunciar a Jesús en el conflicto, política y ecología, misión de la Iglesia, etcétera.

Tal vez vale anotar lo como dato exótico: cada mes se tenía el nombramiento de un presidente. Creo que esta pesadilla se la debo a la hermana Nora que hizo “lobby” a mí favor; tal vez, por no conocer a los compañeros con los cuales iniciábamos el curso. El hecho es que resulté elegido sin manera de decir que no. La hermana Nora car-

gará con este remordimiento toda la existencia. ¡Hay tantas cosas que quedan impunes en la vida!

Al finalizar el curso, el Dei escogía a los doce alumnos para ir a Nicaragua y ayudar en la recogida del café como forma de colaborar en el cubrimiento de los gastos. De Nicaragua los doce escogidos debían pasar a conocer más de cerca la realidad de la pastoral cubana. Felizmente me tocó formar parte del grupo. El viaje lo iniciamos por vía férrea desde San José, pero no pudimos llegar por condiciones atmosféricas difíciles. Un huracán nos hizo pernoctar a los doce en una sola alcoba donde no faltaron las penalidades: mi columna sacó la mano y llegamos al día siguiente a Managua con “torcido a bordo”. Estuvimos ocho días conociendo de cerca la revolución sandinista que finalmente abortó, porque no se trataba solo de tener el poder, sino de saber qué hacer con él. Para esto, en ese momento el sandinismo no estaba preparado. El viaje continuó por vía aérea. Nunca olvidaré mi primer encuentro en Cuba con un farmacéuta:

—¿Tienen estos medicamentos para enderezar mi columna calmando mi dolor?

—Los tengo y cuestan veintisiete pesos cubanos. Al entregarle el dinero equivalente en dólares, pues no tenía aún plata cubana, me dijo:

—Yo no soy jinetero ¡Eso es un crimen contra mi país recibir dólares! Entonces respondí:

—¡Yo voy a volver mañana cuando cambie los dólares por pesos de su país!

—¡Ah! No señor, tú no puedes irte con ese dolor. Lleva los medicamentos y después me pagas, porque si te dejara ir sin los medicamentos, eso ya no sería un crimen contra mí país, sino contra la persona humana, algo peor.

—Hombre, es qué tú no me conoces y además soy colombiano ¡Con la famita que tenemos!

—¡Ah! Pero entonces eso ya sería un problema tuyo. Yo me quito mi problema y a ti te queda a tu conciencia resolver qué haces.

¡Ay! Que dolor saber que tal vez esto ya no se da en Cuba. Caramba, a todo y a todos y a todas, con excepción de Jesús, seguiré poniendo un sellito ETP: esto también pasará.

Otras vivencias quiero consignar aquí: en cada manzana, un médico. Ni un solo niño sin educación y en el antiguo palacio de Fulgencio Batista, el Hospital Hermanos Almejeira en donde me aseguraron que podrían cambiarme mi deteriorada columna vertebral por una de burro. En los autobuses la gente pagaba al ingresar en una caja o alcancía en la parte de atrás de los buses, fuera del control del conductor: lo interpreté como una llamada a la responsabilidad, pero ignoro si esta situación ha continuado. Finalmente, este chicharroncito: siendo presidente del Celam, Alfonso López Trujillo, fue donde Fidel en compa-

ñaía del presidente de la Conferencia Episcopal Cubana para solicitarle el no cobro de impuestos para importar de los Estados Unidos 100.000 biblias y 50 vehículos nuevos para el trabajo pastoral cubano: la respuesta de Fidel Castro fue positiva en cuanto a las biblias

—Y no solo 100.000, doscientos u ochocientos mil, todas las que necesiten, pero 50 carros de esos puntudos de los gringos no. No es posible.

Entonces Alfonso, cardenal López Trujillo, aventó la puerta disgustado y cuando ya salía, Fidel dijo:

—Monseñor, a usted no le alegra para nada la noticia de las biblias. Se pone furioso por los carros. ¿En qué estamos monseñor?

Bonaire

Mi viaje a Bonaire —Antillas Holandesas— se debió a dificultades de entendimiento con el eminente cardenal Alfonso López Trujillo, de las cuales enumero cinco principalmente: el asunto de Marsella; el vigilante secreto en la parroquia de Boquerón; la solidaridad con Federico Carrasquilla; el rechazo a la destitución de Álvaro Duque; y la pensión mínima por el resto de mi vida

Fui a Marsella por quince días, buscando salud con permiso del eminente cardenal. Después de regresar, me llamó el cardenal para nombrarme a Marsella, debido a un memorial que, según

él, yo mismo había redactado. Cómo podía este señor calumniarme si yo estaba feliz, y él lo sabía, en Boquerón. Más tarde me di cuenta de sus intenciones y sus planes: ubicar fuera de la arquidiócesis en la futura diócesis de Caldas a los que no le simpatizaban ni poquito. Un seminarista fue escogido por el padre G. V. para que siguiendo instrucciones precisas de nuestro arzobispo escuchará la homilía dominical para informar luego el contenido al arzobispo. Tocó enfrentar las cosas en forma más directa, sin perjuicio del obediente candidato al sacerdocio. La solidaridad con Federico: Simplemente firmamos 42 sacerdotes una carta al arzobispo solidarizándonos con Federico en su compromiso vital de anunciar a Jesús desde los pobres. En forma fulminante, el arzobispo despidió a Álvaro Duque de Barrios de Jesús. El programa rural produjo una carta para manifestarle el desacuerdo con esta decisión por considerar que no la veíamos ni justa, ni conveniente, ni oportuna. La carta firmada por los líderes campesinos no le gustó, naturalmente. Finalmente ocurrió lo relativo a mi pensión del seguro por invalidez permanente y total debido al deterioro de mi columna vertebral. La Junta de Barrios de Jesús, considerando injusto que mi jubilación quedara siempre con el mínimo, envió carta al arzobispo pidiéndole firmar el aumento de salario para todo el personal. El arzo-

bispo firmó el acta con una nota adicional: excepto al padre Gabriel Díaz por razones de presbiterio.

Así pues hablé con mi amigo el obispo William Michael Ellis para que me recibiera en su diócesis de Willemstadt. Me fui a verlo personalmente con Fernando González. Llegamos al hotel San Jorge, que es media petaca, y al día siguiente llamé al obispo, quien me dijo: hombre estás en un hotel de prostitutas, ya mismo mando a recogerte. Manifesté mis deseos de servirle en la parroquia más humilde de su diócesis y me ofreció la de Coromoto en Bonaire. Volví con Fernando a Colombia a preparar mi viaje y regresé a Bonaire, justo la víspera de la llegada de Juan Pablo II a Curazao. Me recibió Daniel, el párroco de San Bernardo, quien me instaló en la nueva parroquia, habitada en su mayoría por nativos de la isla y trabajadores de Santo Domingo. Me conseguí un excelente profesor de papiamento y pronto las primeras amistades: Imelda, Virginia, Blanca Flor y Papa Statia y su esposa Martha me ayudaron a perfeccionarlo, igualmente Aramida Evertz, Norman su esposo y sus hijos Bully y Elkin.

El trabajo pastoral en Coromoto fue muy positivo. Se vivió un estilo de pastoral distinto de lo que las gentes de esta isla conocían. Tal vez se logró rebajarle al sacerdotismo y al reverencialismo de costumbre, visitas a los hogares, for-

mación de grupos, liturgias más vivas y participadas, consejo pastoral con distintas comisiones: de formación, de liturgia, de finanzas. A los tres meses me lancé a predicar en papiamento pero la primera vez tuve un percance, no propiamente en la homilía sino en los avisos parroquiales cuando dije:

—*Rumanan, nos tin mester di cumpra diezcinco, kleptol para nos misa* (Hermanos necesitamos comprar quince sillas para nuestra parroquia).

La gente comenzó a reír. Imelda me dijo:

—No diga *kleptol* sino *klapstool* (no diga idiotas, sino sillas).

La gente no dejó de reír diciendo:

—*Nos tin suficiente ja pastor* (ya tenemos muchos).

Todo iba bien en Coromoto hasta que llegaron nada menos que los catecúmenos. No los acepté y por ahí comenzaron las dificultades con los párrocos vecinos. En una ausencia de monseñor Ellis, el vicario de pastoral, pro catecúmeno, sacó un decreto de mi traslado a Curazao. No valieron los ruegos ni las protestas de los boneiranos. El traslado fue inevitable. Con el dolor del alma fui a la parroquia de Curazao por ocho días. No fui capaz de asumir una realidad tan diferente a Coromoto: dos y hasta tres entierros semanales, despertaron la envidia de no pocos porque era una parroquia muy boyante. Me trasladó monseñor Ellis a West Punt y al cabo de cua-

tro meses recibí un telegrama de algunos compañeros en Medellín: “¡Cesó la horrible noche! Regresa pronto hermano”. Hice sonar entonces las campanas y la gente preguntaba:

—*Pakiko ta zona campana asina pastor?* (¿Por qué suenan las campanas pastor?).

—*Pasobra mi obispo na Medellín a wordu nombrá pa Roma!* (Porque a mi obispo lo trasladaron para Roma).

—*Pa bien pastor* (felicitación), me decían todos.

Antes de hablar de mi regreso de las islas debo mencionar muy especialmente al gran amigo Stanley Gibbs y a su esposa Luz Marina, que significaron para mí en Curazao encontrar en sus corazones acogida abierta y generosa en el momento que más yo lo necesitaba.

Volví a Medellín para recibir de nuevo la parroquia de Boquerón, por entonces a cargo de Carlos Alberto Calderón. Durante dos años, el padre Calderón realizó un hermoso trabajo pastoral en todas las comunidades que acompañó. Carlos Alberto inició entonces su tarea pastoral en el Llano vecino a Boquerón: Nuestra Señora del Camino. De nuevo pues en mi parroquia, procuré continuar la labor de mis diez años anteriores y desde luego con mis no pocas limitaciones, la del inolvidable Carlos Alberto Calderón. Al término de un año, mi salud se resintió de nuevo y me vi obligado a someterme a una

nueva cirugía, nada menos que de la próstata, como quien dice en la *post data* de esta carta que ha querido ser mi vida.

Debí permanecer un mes incapacitado y fue durante un mes que un sacerdote destinado a remplazarme cambió el estilo pastoral de un trabajo que se inició con los padres vicentinos y tuvo continuidad con los padres Sergio Duque y Carlos Alberto Calderón.

El citado sacerdote —de cuyo nombre no quiero acordarme— motivó a la comunidad para que firmara un memorial de bienvenida a mi regreso. Pero el texto que llevó a la curia era de echada. Los campesinos no lo entendieron así y firmaron para respaldar mi regreso. El Obispo, sucesor del eminente cardenal y recién instalado en la arquidiócesis, se confundió con esta situación y la resolvió ofreciéndome cualquier otra comunidad dentro y aun fuera de la arquidiócesis (me habló, por ejemplo de Santa Marta), pero no acepté por la indignación de sentir un atropello pastoral.

Ese mismo día, pasé un rato a la capilla de la curia para asimilar de alguna manera y desde la fe el golpetazo que más me ha dolido en todo mi camino de presbítero. Al salir, accidentalmente pasé a saludar a Caliche Rendón en Viajes Colombia. Allí, él sin saber nada de lo que me acababa de pasar me dijo: —Vino un sacerdote de

Puerto Rico a buscar si alguno de nosotros quería ir unos días a ayudarlo. De inmediato acepté viajar a donde fuera, pero fuera del país, para tomar un poco de oxígeno después de lo ocurrido.

Pienso que fue el Señor quien me condujo a esta nueva realidad pastoral: nunca olvidaré la cálida acogida que me brindaron en Palmer: Gloria Rodríguez y sus hijos, Pablito y Gloria Carrasquillo, la familia de Padró y tantos otros. Pronto el consejo pastoral con sus comisiones de liturgia y música, servicio social y periodismo. Mayra Padró nos ayudó mucho con la edición del boletín parroquial. Todo iba sobre ruedas, hasta que se produjo el deceso de Pablito Carrasquillo. Hubo dificultades con el cardenal, porque la comisión de liturgia, sin pedir ninguna autorización, resolvió vestir al muerto de alba, estola y hasta bonete. El cardenal me prohibió celebrarle las exequias donde estuvo de párroco durante algunos años y aún si se hacía en otra parroquia no debía hablar porque: “ese era un sacerdote que había vivido en público concubinato”. Solo en el cementerio pude decir algunas palabras alusivas a la vida de este hermano nuestro.

La salud se me resintió bastante por los choques con el cardenal Aponte. Dicen que en el consistorio para elegir nuevos cardenales, el Papa dijo a su secretario: —Apunte, apunte, y Aponte creyó que a él se referían: ¡Aponte, Aponte, ese

soy yo, su santidad! Me pareció mejor presentarle la renuncia. Volví a Colombia y tuve una entrevista con el entonces arzobispo Héctor Rueda Hernández. Me quedé unos dos meses orándole y preguntándole al Señor: ¿para dónde quieres seguir con mi vida? Fue cuando descubrí la nueva definición del verbo: ¡Ponerle cuidado al Señor para donde quiere dirigir mi vida!

Capítulo VII

Mi paso por seis instancias no parroquiales

Me estoy devolviendo al año 71, cuando, habiendo sido cerrado por la venerable curia el colegio San Pablo, fui donde Álvaro Villa, quien me invitó a acompañarlo en la Fundación Futuro para la Niñez.

Conocí un poco la filosofía de la institución y me gustaron sus principios. Comenté a monseñor Tulio Botero Salazar mi deseo de trabajar en esa institución civil sin abandonar mi condición de presbítero por vocación. Su respuesta fue muy positiva: me dio una excelente carta que decía textualmente: “El suscrito arzobispo de Medellín se permite solicitar a todas las autoridades eclesiásticas y civiles de la arquidiócesis, acoger y apoyar el trabajo por el futuro de nuestra niñez, impulsado por el P. Gabriel Díaz, sacerdote per-

teneciente a la Arquidiócesis de Medellín”. Con esta carta me puse a visitar comunidades campesinas de Santo Domingo, Cisneros, Concepción, Minas, Sajonia, Santa Elena, Prado, Alejandría, Porce, Riosucio, El Peñol, San Rafael, etcétera. Los principios de Futuro para la Niñez me parecieron excelentes para realizar una labor pastoral que yo sentía coincidir con lo que para mí ha sido el evangelio:

— Un trabajo sin discriminación, con énfasis en los niños.

— El respeto profundo a las comunidades: por el no paternalismo.

— La reacción en cadena.

— La preferencia por los pobres.

— Gran confianza en las potencialidades de la gente.

— El trabajo con base en preguntas.

En todas las comunidades me solicitaban la eucaristía que a mí me permitía ver, con la mirada de Jesús, la realidad que se iba dando en el trabajo. El énfasis en el mayor bienestar para los niños pulverizaba artificiales o reales divisiones en el interior de las comunidades, divisiones por asuntos políticos, religiosos, culturales y hasta raciales desaparecían como por encanto. El énfasis en los niños se prestaba para trabajar varias dimensiones de mis inquietudes pastorales. Una de ellas era la cuestión alusiva a la desprotección

del niño. Él siempre está aprendiendo y de él podemos aprender: el niño aprende a compartir, a confiar y a disfrutar. El niño nos enseña sencillez, el perdón sin dificultad, el crecimiento en el amor al abrigo de sus padres. Recuerdo haber estado en comunidades campesinas de climas fríos, templados y también ardientes; sitios habitados por simpatizantes de los guerrilleros y de los contrarios en las mismas veredas de campesinos; blancos y morenos, practicantes de la religión o indiferentes. A la pregunta nuestra: ¿qué creen ustedes que se puede hacer por los niños, cuál es su mayor necesidad? La respuesta siempre era una posibilidad, un sueño compartido, un fraterno acuerdo, un desafío de construir un nuevo amanecer para los niños.

Otro de los principios de Futuro era lo que su fundador, Richard Saunders, llamaba *minimum involvement*, traducido tal vez por su fundador como “mínimo compromiso” y por nosotros como “mínimo entrometimiento” en la agenda íntima de las comunidades; una actitud de respeto, de renuncia a cultivar cualquier sentimiento de superioridad frente a los campesinos. El tercer principio se enunciaba en inglés como *chain reaction*. Era la invitación que hacíamos a las comunidades de replicar en otras sus proyectos. Así se entendieron por ejemplo los jardines infantiles de La Loma en Prado a La Mansa en

Chocó, a las veredas de Santo Domingo, y de este municipio a las veredas de Supía y Riosucio. “Si estos compañeros pueden hacer tales maravillas por los niños, ¿por qué no lo podemos hacer también nosotros?”, se decían.

Álvaro Villa Escobar está unido a la historia de Futuro para la Niñez como el gran director de una orquesta llena de armonía. Siempre apoyado por su junta directiva entre los que participaron, junto a Richard Saunders, su fundador, Alberto del Corral, Luz Castro de Gutiérrez y sus hijos Sonia y Edgar, Manuel Uribe. Álvaro me pidió ayudarlo a fortalecer el grupo de asesores de comunidad y extender el programa a las veredas. Presenté a don Matías Posada, Amparo Saldarriaga, Susanita Bravo, Mariela Gaviria, Jairo Alvear, Nubia Garcés, Amparo Muñoz, Beatriz Montoya y Benjamín Cardona.

El programa, dijo Saunders, necesitaba recursos nacionales y por eso era necesario extenderlo a nivel nacional. Así logramos ampliarlo a los departamentos vecinos del Chocó, Córdoba y Caldas. Muchas, muchísimas anécdotas y recuerdos podría yo empezar a contar aquí, pero solo me limitaré a tres. En La Loma parecíamos fracasar con el sistema de preguntas, porque había de todo en obras de infraestructura, educación, alimentos y servicios. Pero de pronto una señora dijo: —Lo único que aquí ocurre de maluco es que no sabemos qué

hacer con los niños antes de su ingreso a las escuelas. Ahí surgió entonces el primer jardín infantil campesino, que al replicarse en muchas veredas dio origen a Jardines Infantiles Campesinos. Más tarde y con el entusiasmo de Barry y Nancy Moon, de Beatriz Montoya y su esposo Benjamín Cardona, de Regina Posada y Nubia Garcés, se convirtieron en Acaipa (Asociación de Centros de Atención Integral al Preescolar) apoyado por Bienestar Familiar con ochenta jardines iniciales que lograron darle carta de ciudadanía a la educación preescolar de las comunidades campesinas.

Mucho para recordar de esta experiencia. Don Matías se convirtió en el profesional del aprendizaje con base en preguntas. En Supía, nunca olvidaré, decidieron impulsar una granja experimental escolar. Una maestra de la escuela en la vereda quiso frenar el proyecto objetando que era una bobada, debido a que había mucho ladrón que podría robarse los cultivos y los frutos de la granja. Pero don Matías preguntó si también se podrían robar los conocimientos adquiridos por los niños. El proyecto salió adelante, por supuesto. En una de las veredas de Prado, el proyecto que resultó pensando en el mayor bien de los niños, fue la no construcción de la carretera, por el peligro de invasión turística, el piso deslizante para las mulas para sacar sus productos y los costos de una posible valorización.

Años antes del asesinato del director de Futuro, Álvaro Villa, resolvimos fundar Época, que por su enunciado: Educación Popular Obrero-Campesina, no tuvo jamás personería jurídica. Futuro para la Niñez se terminó para nosotros en 1976 y Época se mantuvo por diez años. En Época estuvimos don Matías, Susanita, Darío, Guillermo, Amparo, Mariela y Gabriel. El grupo planteó un sueño de trabajo campesino a la Organización Católica de Cooperación de Holanda, Cebemo, a través del Grupo Proyectos del entonces padre Jesús Viera. El proyecto fue aprobado sin personería jurídica. El grupo se reunía en sedes prestadas o alquiladas. No había propiamente un jefe. El equipo reconocía a los campesinos como sus patrones y se logró mantener un principio laboral que ya no existe: a trabajo igual, salario igual. En el fondo el más verraco para trabajar como servidor en las comunidades era el más importante en nuestro grupo. Una diferencia con Futuro para la Niñez tal vez fue la de la concientización política que invadía todos los ambientes de trabajos populares. La concientización no estaba separada de los principios de Futuro para la Niñez: queríamos que comprendieran por qué los niños estaban tan desprotegidos. Buscábamos que el *minimum involvement* no apoyara al sistema capitalista y que las comunidades más conscientes concientizaran a las menos conscientes. ¡La

concientización política preparaba el cambio en un futuro inmediato! Prácticamente, los mismos campesinos derrumbaron esta idea, como un sueño para ser realizado mañana a las cuatro y media de la tarde, cuando preguntaron después de una jornada:

—Dotor, nosotros tamos ya concientizaos ¿Y ahora qué sigue?

Época, sin embargo, fue para nosotros una escuela de servicio y de amistad inolvidable. Mensualmente nos reuníamos para intercambiar sobre lo que cada uno hacía. Nos criticábamos y aprendíamos de las mutuas experiencias. Pero por no tener personería jurídica no fue posible continuar, al menos con Cebemo. Podían continuar los microproyectos que eran financiados por otras agencias internacionales: Jarc y Pax Crhisti de Alemania, Acción Cuaresmal de Suiza y Pan para el Mundo fueron las principales. A Época la sucedió la CPC (Corporación para la Promoción Comunitaria), con personería jurídica pero con vida efímera, tal vez porque no estábamos preparados para tanto papeleo como exige la administración.

Después de la CPC, ingresé a Barrios de Jesús para iniciar con Gonzalo Giraldo la extensión de esta institución de la Arquidiócesis de Medellín al área rural, con el fin de atender los deseos de su fundador monseñor Tulio Botero

Salazar. Gonzalo y yo nos declaramos servidores de las comunidades campesinas: no se trataba de cantidad de soluciones de vivienda sino de crear comunidad en torno al hábitat. Tal vez por esta manera de enfocar las cosas, fue por lo que el arzobispo López Trujillo no le vio interés. Un día envió a uno de sus monseñores de confianza para fiscalizar el trabajo que venía realizando en Santa Gertrudis, municipio de Santo Domingo. Al mencionado monseñor se le preparó “tope” como a los obispos, pero con tan mala suerte que en el momento de subirse al caballo que escogieron para él, un campesino sin intenciones torcidas o malignas gritó: —¡Viva tu señoría! Y encendió un volador como gesto de saludo y bienvenida. El caballo se disparó para el sur y su señoría para el norte, afortunadamente con muy pocas consecuencias para su salud. El resultado de esta primera inspección ocular monseñorial fue para todos positivo: un informe detallado al arzobispo, en el cual monseñor aseguraba que no era necesario continuar con más visitas, que todo estaba bien.

Como dije en el capítulo anterior, la salida de Chicho Duque, en forma por demás intempestiva, provocó primero la solidaridad de las comunidades y más tarde mi salida. Ingresé más tarde a la 4.^a institución de mi historial: la Fundación Social. Fueron cinco años de trabajo con los Je-

suitas. Nunca olvidaré al querido P. Umaña, quien desde la dirección social me propuso iniciar un servicio que convinimos en llamar asesoría pastoral. El arzobispo me autorizó como lo solicitaba la Fundación Social. A raíz de mi trabajo se hizo un apunte en doble dirección: —¿Cómo es que entre tantos sacerdotes de la arquidiócesis, los jesuitas escogieron a Gabriel, qué tan importante será este padrecito? Pero yo hacia el apunte en dirección contraria: —¡Hombre, no es que yo sea importante, aquí lo que se comprueba es que tan mal están los jesuitas! Dejemos de chacotiar y vamos a lo serio. Aquí debo un reconocimiento muy sincero a Pacho Correa, porque fue él quien siendo director de la Fundación Social en Medellín me puso en contacto con el director social nacional, padre Hernán Umaña en la ciudad de Bogotá.

La Funda —como la llamábamos— me ofreció un campo conocido de trabajo y otro desconocido: los barrios más pobres de un lado, y el personal de todas las oficinas de Colmena, del otro. Entre los primeros figuraban El 12 de Octubre, El Picacho y la Comuna 13. Entre las oficinas: Caja Social, Salud Colmena, Seguros Colmena y todas las que se ocupaban de las inversiones. Los réditos estaban destinados en su mayor parte a los más pobres. El lema “por ellos trabajamos” del Padre Campoamor, traté de

transformarlo en “con ellos y por ellos trabajamos”. Básicamente la asesoría pastoral consistía en acompañar, motivar y organizar todas las actividades que ayudaban a explicitar el mensaje de Jesús: las visitas a los barrios y a las oficinas, las asambleas cristianas, los encuentros de formación cristiana, los encuentros de pareja, la eucaristía en ocasiones especiales en los barrios, las vistas a las oficinas, y la jornada de grupos de la Fundación Social.

Para todo el trabajo de la asesoría pastoral, el padre Hernán Umaña fue definitivo: siempre apoyó de muchas maneras las iniciativas de la asesoría pastoral. Después de un encuentro en el Hotel Las Lomas con todos los gerentes de la Fundación Social, propuse realizar otro encuentro con todas las mujeres que se ocupaban en servicios generales de las oficinas. La dirección de Medellín conceptuó que no había fondos para dicho encuentro. Pero el padre Umaña, al enterarse de las dificultades, dijo desde Bogotá: —¡Ese encuentro es muy importante, hazlo en el mismo Hotel Las Lomas donde se reunieron los gerentes y yo los acompañé! Tampoco olvidaré jamás lo que aprendí en los encuentros de formación cristiana, al lado de los padres Gustavo Baena Múnera y Alfonso Llano. También aprendí de Bernardo Toro, Rodrigo Sarmiento y los compañeros de oficina de la Fundación Social en Medellín.

Debo terminar este capítulo aludiendo a la sexta instancia de trabajo civil sin renunciar al presbiterado: Codevi (Corporación de Desarrollo de Educación y de Vivienda). Un poquito de historia. Codevi inició con el apoyo que brindó Cebemo al grupo que se solidarizó con Álvaro Duque, cuando el arzobispo López Trujillo lo quiso despedir. Varios del grupo de los lunes, especialmente, Gonzalo Giraldo y el suscrito, apoyamos la solidaridad de Cebemo y de la oficina Barrios de Jesús. Fue así como nació Codevi. A mediados de ese mismo año, Ramiro Valencia Cossio hizo una donación a Codevi de su finca en la vereda de Llanadas, Marinilla.

La dirección de Codevi me ofreció la posibilidad de acompañar desde allí un programa de Barrios de Jesús como en otro tiempo. Yo acepté el ofrecimiento de inmediato y entonces me di a la tarea de trabajar en la vereda. Lo primero que hicimos fue establecer el contacto con los habitantes. La primera visita fue a la casita de la niña Mariana cuya foto inspiró el contenido de la tarjeta de Navidad para 2003. Como ella nos abrió la puerta, pusimos: “Navidad es abrirle la puerta del corazón a la esperanza de volver a ser hermanos” y “Navidad es volver a mirar la vida con la mirada de los niños”.

Después de la etapa de las visitas a los silenciosos y trabajadores campesinos de Llanadas,

comenzamos una encuesta general para conocer la realidad cultural, social, económica, educativa, agrícola y religiosa. Codevi evaluó todos los datos. Después de la encuesta preparamos la primera Navidad. Era importante como tiempo para convocar. Lo primero que hicimos fue conocer cómo eran las navidades en Llanadas. Con entusiasmo nos comentaron sus valiosas iniciativas para el novenario y la celebración con regalos para una parte de los niños alrededor de la finca de Ramiro y Margarita. También nos comentaron sobre los festivales para recoger los fondos. El aguardiente no faltaba y cuando propusimos Navidad sin borrachitos, algunos no creyeron mucho en esa posibilidad.

Así las cosas, propusimos el siguiente plan para la primera Navidad sin licor. Cambiar el festival por un bazar económico y educativo y un tema general para desarrollar durante el novenario: los grupos y las organizaciones existentes relacionadas con el mensaje de la Navidad. El primer bazar superó las expectativas. Con \$700.000 fue posible conseguir regalos para todos los niños. La celebración fue un compartir muy fraternal, lo mismo que el saludo del nuevo año y la fiesta de reyes. Este día compartimos la celebración con los vecinos de la vereda La Asunción. Subimos a pie por la vía de los carros pero regresamos por otro camino, así como los Reyes

Magos del Oriente. Compartimos el fiambre en un descanso en el camino y volvimos a las casas reconfortados por experimentar tan de cerca la presencia de Jesús en esta primera Navidad.

Después de las celebraciones, comenzamos la organización de la comunidad en grupos de niños, prejuveniles jóvenes, de mujeres y de señores. Desde un comienzo planteamos que la vida de los grupos se iba a concretar en dos momentos: el de la formación y el de la recreación. Para conocer cómo se comportaba la comunidad en el trabajo solidario con los más pobres, propusimos construir una casita para Anita y Rosita, dos ancianas sin techo propio. El grupo de los hombres puso el hombro a esta causa con sentido de solidaridad. Don Samuel Giraldo cedió la faja de tierra y don Javier Tamayo aportó parte del material para la nueva casa. Inauguramos la vivienda con una eucaristía. Fue una fiesta para todos. Codevi aprovechó el sistema organizativo a través de la junta central, donde estaban representadas todas las fuerzas de la comunidad, para plantear un proyecto de mejoramiento integral en la vereda de Llanadas. El proyecto surgió de los mismos campesinos con base en tres preguntas: ¿Qué necesidades tiene la vereda? ¿Qué es lo que más les gusta de la vereda? ¿Cómo quieren ustedes que sea la vereda dentro de seis años? La junta central reformada sirvió a Codevi para

“trabajar” su asesoría en el proyecto. Javier Jaramillo fue el profesional invitado por nosotros.

La segunda Navidad fue un excelente momento para concienciar de los alcances del proyecto, a través del tema central de la solidaridad trabajado durante nueve días. El primer día, la solidaridad con uno mismo: la autoestima. El segundo día, la solidaridad con las personas: el respeto. El tercer día, la solidaridad con la familia: ¿en qué consiste el verdadero hogar? El cuarto día, la solidaridad con la comunidad: el compromiso en el proyecto. El quinto día, la solidaridad con los más pobres: la fraternidad. El sexto día, la solidaridad con los enfermos: la compasión. El séptimo día, la solidaridad con los jóvenes: proyecto juvenil. El octavo día, la solidaridad con los niños: ternura y disciplina. El noveno día, la solidaridad en Navidad: ¿Qué dice Jesús sobre nuestros sueños de una vida digna para todos?

El segundo bazar arrojó mejores resultados económicos y sin licor. Todo iba caminando normalmente para el suscrito hasta que se presentó la novedad del corazón, y para seguir las indicaciones de los médicos renuncié a vivir en la comunidad por alejada de los centros médicos y por las pendientes del camino. No fue posible seguir viviendo en Llanadas. Ocasionalmente sigo acompañando a la comunidad cada vez que puedo y me lo solicita. Codevi ha continuado la

asesoría general a la comunidad con el apoyo de Javier Hoyos, gestionado por Isabel Cristina Bouhot: veinte millones para fortalecer la economía familiar y diez millones, provistos por el Fondo Internacional de Solidaridad, para el crecimiento educativo de los grupos.

Los campesinos de Llanadas han venido algunas veces al “Confite” para compartir conmigo esta amistad que nos ha unido y para dejar mensajes escritos con el corazón: “Gabriel, llegaste a nuestra vereda como sacerdote, pero más que eso te convertiste en un amigo, luchador por la comunidad; fue así como aprendimos a caminar de tu mano. Hoy a pesar de estar distante seguimos contando contigo y sigues siendo uno de nuestros mejores amigos, con cariño, Comunidad Campesina de Llanadas”. Más tarde me entregaron este otro mensaje precioso para mí: “amigo es aquel que aconseja siempre a tiempo, regaña de vez en cuando, pero sobre todo es cómplice de pequeñas aventuras, gracias Gabriel, comunidad Llanadas”. Después de mi retiro, de Codevi, no de la comunidad, escribí la siguiente carta a mi obispo, monseñor Giraldo:

Marzo 9 de 2006

Muy querido monseñor, reciba mi cordial saludo.

Por motivos serios de salud, dificultades con mi corazón y mi columna vertebral he presentado

renuncia a la corporación Codevi, con la cual he venido trabajando los tres últimos años en tareas de promoción humana y espiritual al mismo tiempo entre los campesinos de la vereda Llanadas de Marinilla, Antioquia.

Nuevamente quiero expresarle toda mi gratitud por la aprobación y bendición de parte suya para este servicio rural que traté de prestar con alegría y sencillez de corazón.

En este atardecer de mi existencia deseo dedicar más tiempo al silencio y la oración, acompañar grupos y comunidades en la medida en que mis limitaciones lo permitan; deseo escribir algunas cuartillas acerca de los principales recuerdos que me quedan y desde luego los aprendizajes, desaprendizajes, unas cuantas convicciones y no pocas preguntas sin respuestas.

Reciba mis mejores votos transformados en plegarias por su bienestar personal, familiar y comunitario en su calidad de padre y pastor de la arquidiócesis.

Gabriel Díaz

La respuesta llegó pronto y la guardaré con inmenso cariño y gratitud hacia monseñor Alberto Giraldo.

Medellín 13 de marzo de 2006

Querido padre Gabriel, ya por el correo electrónico respondí su mensaje.

Sigo atento a cualquier comunicación que usted me pueda hacer sobre su estado de salud para que se asegure la atención oportuna a sus necesidades. Admiro el deseo que tiene de dedicar más tiempo a la oración y a escribir sobre temas que seguramente son fruto de su larga experiencia sacerdotal.

Seguimos muy unidos en la oración y en este deseo de hacer lo mejor para servir a esta queridísima comunidad arquidiocesana.

Servidor: Alberto Giraldo, Arzobispo de Medellín.

Capítulo VIII

Etapa final

Reflexiones desde el Monasterio del Viento

Estamos pues, en la última etapa del camino recorrido. Me voy acercando a la edad indicada para renunciar al trabajo pero no a la vida. Seré en adelante cura suelto, pero no de Dios ni de la comunidad. Alquilé en la montaña una casita llamada la Cabaña Verde. Yo la bauticé, previo aval de los propietarios, como El Confite, Monasterio del Viento. En ella viví solitario, solidario, feliz, descubriendo lo fundamental y accesorio de la existencia humana en el atardecer de cada día. Y... al final todo estará bien; pero si todo no está bien es porque aún no es el final. La llamé el Confite. Cuando los visitantes me pedían conocer la casa, yo decía: —Devuélvanse porque ya la conocieron. Me gustó mucho sentir allí que

el pobre se sentía más a sus anchas y el rico un poco estrecho, en todo caso lejos de aquellas mansiones en donde da uno gracias a Dios por no ser su propietario.

Me gusta la denominación de Monasterio del Viento, donde es posible vivir una auténtica espiritualidad en libertad. Allí abunda el silencio. El hombre moderno ha cultivado tanto el afán de aturdirse, le gusta llenar su vida con los ruidos: chirrían los autos por las calles y avenidas, la gente quiere hablar a gritos, los televisores no se apagan, los radios, los computadores, los aparatos de sonido, parecen ser a veces ese estrépito que busca el ser humano para conjurar la soledad que tanto ayuda a viajar hasta el fondo de uno mismo.

Todas las cosas realmente importantes ocurren en silencio: se crece silenciosamente, se sueña, se piensa, se vive en el silencio y es que aún la misma muerte se acerca hacia nosotros sin ruidosos aspavientos. “El árbol del silencio —dice un aforismo árabe— produce el fruto de la paz”. Shakespeare afirmó lo que se ha vuelto para mí verdad bien comprobada: el silencio es el mejor heraldo de la alegría. Y aquí, por qué no recordar lo que cuenta del profeta Elías en el libro primero de *Los Reyes*: “El Señor va a pasar y vino un huracán arrasador pero el Señor allí no estaba; tampoco en el terremoto ni en el juego, pero

sí en el suave susurro de la brisa”. ¿Y por qué no pensar que Belén fue el susurro silencioso de la brisa de Dios? Entró, vino a la tierra de puntillas como quien ni quiere molestar, se puso a nuestro lado, dijo cosas siempre cargadas de la más divina sencillez y murió en un silencio milenario para invitarnos a cambiar los ruidos y la algarabía por el asombro y la alegría, que nace siempre del corazón y que no la produce la multiplicidad de nuestras diversiones.

Pero no he venido solo aquí para buscar silencio, quiero cada día evaluar mi recorrido haciendo de mi pasado, difícil, equivocado o doloroso algunas veces lecciones de madurez y aprendizajes provechosos. En cambio de mi pasado acertado y feliz, himnos de eterna gratitud.

Las diez propuestas de Jesús para apostarle a la felicidad

El silencio me ha llevado a valorar las propuestas de Jesús para plantear de mi parte los diez mandamientos de la felicidad:

1. El que quiera ser el primero hágase el último. ¿Dónde quedan afanes por aparecer, buscar honores, títulos o lo que llaman falsamente dignidades? (Lo más parecido a vanidades).
2. El más importante entre ustedes es el servidor de todos.

3. No es lo que entra por la boca del hombre lo que daña al hombre, sino lo que sale de su corazón. Asimismo, la alegría debe brotar del corazón. No la confundamos con las diversiones.
4. El que guarda su vida la perderá y el que la sabe entregar la encontrará. Es como decir: lo que yo en realidad poseo es lo que entrego y lo que con avaricia guardo es lo que pierdo.
5. Yo no vine a traer la paz, sino la guerra. Qué linda crítica a la paz falsa y que bella exaltación a la guerra contra el egoísmo.
6. Al que tenga se le dará más y al que no tenga aún lo poco que tiene le será quitado. No hay necesidad de ser un gran biblista para entenderlo así. Al que tenga amor se le irá aumentando cada día y al que alimente el desamor, terminará por perder el poco de amor.
7. Mi precepto es que os améis unos a otros como yo os he amado. Es el tercer nivel de amor; no hay duda: ama a tu prójimo como a ti mismo, ama a tu prójimo como tú quieres a Dios y ama a tu prójimo como Dios te quiere a ti.
8. Yo vine a traerles vida y vida en abundancia... Sin comentarios.
9. Perdona sin límites: setenta veces siete que algunos interpretan como cuatrocientos noventa veces pero sin el cuarenta y nueve.
10. Si no se vuelven como los niños no tendrán parte en el reino de la auténtica felicidad.

Hay mucho paralelismo entre estas propuestas de Jesús para alcanzar felicidad con las que me encontré leyendo libros de historia del tiempo de las runas, tres mil años antes de Cristo:

1. La verdad es que la vida es dura.
2. Y no solo dura, sino peligrosa.
3. Y que aquellos que buscan la felicidad no la encontrarán.
4. Y que los que son débiles deberán sufrir.
5. Y que los que demandan amor serán decepcionados.
6. Y que los egoístas no serán alimentados.
7. Y los que buscan la paz encontrarán la guerra.
8. Y que la verdad es solo para los valientes.
9. Y la felicidad para los que no temen estar solos.
10. Y que la vida es solo para los que no temen la muerte.

¿Y qué tal estas diez bienaventuranzas de la reilusión?

1. Felices quienes pueden ver y valorar los pequeños o grandes milagros que se producen cada día en nuestro mundo.
2. Felices los que son capaces de prescindir de las diversas ataduras para vivir la libertad de amar, de compartir, de recibir y dar perdón de abrazar y de decir lo que se piensa con total honestidad.

3. Felices los que mantienen vivo el niño en su interior, capaces de mirar la vida con la terquedad de una esperanza que nunca desfallece.
4. Felices los que al atardecer de cada día son capaces de descubrir qué es lo fundamental y que es lo accesorio.
5. Felices quienes crecen cuando acosan los problemas y son más humildes y sencillos en medio de los éxitos de su existencia.
6. Felices quienes son capaces de descubrir en las personas que nos caen mal o les caemos, solo aspectos positivos de sus vidas.
7. Felices quienes van descubriendo en su interior que su cadena original de ADN, es el amor y la solidaridad.
8. Felices quienes son capaces de sentir en su corazón el dolor del hermano, del animal, del árbol, del planeta y del universo.
9. Felices quienes son capaces de ponerse a estrenar corazón todos los días.
10. Felices los que en la vida llegan a comprender que no son sino viajeros.

Y terminamos con estos diez principios en los que he ido trabajando para mantener vivo el sueño de felicidad:

1. Seguiré entregándome a servir, pero sin agotarme.

2. No voy a suponer nunca nada, prefiero vivir de realidades.
3. A los que me caen mal (ya casi no) les voy a descubrir por lo menos siquiera tres cualidades para no amargarme pensando en sus defectos.
4. Qué bueno poder perder con un enorme cero cuatroanti asignaturas de la muerte: i) la de los odios, ii) la de los miedos, iii) la de los apegos enfermizos y iv) la de los complejos, porque nadie sabe todo, ni nadie ignora todo.
5. Y qué bueno también sacar el que llamábamos los viejos “cinco en todo” o lo que hoy denominan excelente o diez en todo: diez en alegría, sin aspavientos diez en libertad interior; diez en solidaridad; diez en respeto a la diversidad y diez en gratitud.
6. En mi conciencia bien formada solo quiero mandar yo.
7. Trataré de mantenerme en la bisagra del instante vital: la del pasado que ya se hundió en la historia de mi vida, o sea que es inexistente como la del futuro incierto que solo Dios conoce.
8. No hay nada ni nadie en el mundo por lo que valga la pena perder la paz interior.
9. La vida es un proceso en gerundio, nada en el vago infinitivo que no se compromete, ni en el fatalista participio de pasado que nos quita creatividad y nos arrebatata la esperanza.

10. Me gusta inmensamente esta definición de Dios: “El que le puso el agua al coco”.

Esta serie de decálogos me ayudarán a vivir con esperanza en este momento histórico de los setenta y nueve que ha significado el paso de una vida hiperactiva en barrios y veredas, pueblos, instituciones y países, a una vida un poco más reposada que va siendo sinónimo de tiempo, de meditación y evaluación. No hablo de un retiro por completo de mis actividades de servicio, pero sí de un recomienzo en la relación conmigo mismo, con las comunidades, con la naturaleza, con Dios. Para mí, este tiempo no es signo de tristeza, sino el anuncio de un gozo nuevo.

Voy superando a estas alturas una debilidad que tal vez podría llamar “ego crecido” debido al énfasis competitivo en la educación de mis primeros años, por la obsesiva mentalidad del cinco en todo. Tal vez el periodo de depresión que tuve al inicio de esta experiencia me ayudó a rebajarle intensidad al ego crecido: salí felizmente de la depresión un poco más humilde, acepté visceralmente ser también yo vulnerable a algo que siempre consideré para los otros. Me ayudó este sufrimiento a comprender mejor desde dentro al deprimido.

Aquí me toca extenderme un poco a la experiencia de la enfermedad y del dolor que han marcado mi camino.

He sido sometido a trece intervenciones quirúrgicas: las amígdalas, las cuerdas vocales, la clavícula izquierda, tres veces en la columna vertebral, la safena, los pólipos, tres veces la próstata, la hernia inguinal, los juanetes. Creo que la enfermedad casi siempre representa un desajuste energético de alguna manera producido por deficiencias orgánicas, mentales y espirituales. En la sabiduría china se considera que nos enfermamos por tres razones: por lo que pensamos, por lo que comemos y por lo que heredamos, aunque debemos añadir lo que sentimos. Bien tarde me llegó en la vida la advertencia de uno de los médicos cirujanos más sabios que ha dado el planeta:

—Gabriel, Gabriel, no te dejés matar de nosotros los médicos, no te dejés operar. Ya habían pasado las trece operaciones.

De todos modos la experiencia de la enfermedad se convirtió para mí en una oportunidad maravillosa de crecimiento interior y de transformación. He podido tomar mejor conciencia de la fragilidad humana, he aprendido a valorar mucho mejor el sacramento de la solidaridad en el dolor de mi familia y mis amigos. Ha crecido en mí la convicción de ser criatura, a veces hoja seca, río abajo, pero hacia la mar, sin retroceso y sin remolinos enfermizos.

Cabe aquí también referirme a las experiencias del dolor interno, llamado el dolor del alma, pero

no las menciono aquí con amargura, sino con la inmensa gratitud a Dios por haberme ayudado a superarlas: mi salida del barrio Santo Domingo Savio, el engaño de mi retiro en Boquerón, la muerte de mis mejores amigos, la madre Ángela, Antonio Castilla, don Matías Posada, Gonzalo Arango, René Botero, el padre Hernán Umaña, Álvaro Villa y Fernando González Restrepo.

De todos modos el deterioro físico y los achaques de la edad no se detienen mientras mantengo firme la convicción de esta verdad, la vida no tiene edad. Esta convicción ha vuelto impasible la realidad de comprobar cada día que mi cuerpo se va agachando hacia la tumba; la luz se va cansando de mis ojos, mis oídos sin querer se van endureciendo ante los nuevos ritmos; y aunque suene un tanto cruel debo aceptar que ya tengo más amigos en las tumbas que en las cafeterías y, aunque parezca paradójico va creciendo cada día felizmente la ausencia del miedo ante la muerte: al fin y al cabo la existencia humana presenta una poética semejanza con el día solar: salimos del seno materno al amanecer de la conciencia mientras van corriendo las etapas de la infancia, la niñez, la pubertad, la adolescencia para recorrer luego los años de la juventud, la adultez y la madurez de los cincuenta años. Ya son las doce del día, con el sol a plenitud hasta este momento en cualquiera de las etapas anteriores la gente no está de acuerdo en que uno se queje de los años:

—¡Qué va hombre, si estás lleno de vida!

Pero después de los cincuenta, cuando uno dice que siente que sus fuerzas se van deteriorando ya no lo contradice nadie:

—Tranquilo hombre, que para allá vamos todos.

En la plenitud de la tercera edad estoy orando así: piel quemada al golpe de tu sol Señor y de los vientos de mi nada; ya va siendo hora, Señor, de que vengas para transportarme a tu morada eterna, me voy sintiendo pleno de tu ser, vacío de mi nada, pronto a bogar por el azul de tus ensueños; mantenme dueño de mí mismo hasta el final cuando llegue la que me permitirá como a Jesús romper el techo de la finitud y reincorporarme a la inmensidad de tu mirada eterna.

Sobre el celibato

La vida humana tiene sentido porque es una oportunidad de dar y recibir amor en libertad; para mí el celibato es como el vehículo en que he podido vivir todo esto, yo me siento muy lleno de amor y creo que es este amor el que me ha ayudado a recorrer tantos caminos, barrios y veredas, instituciones, pueblos y países, pudiendo contar en los dedos de una sola mano —y sobran dedos— la gente que no he querido y no me han querido. La vida del celibato me ha permitido vivir con libertad sin importarme puestos, títulos o dignidades.

Muchos dirán que el celibato es un escape y no les faltará razón, pero definitivamente no me ubico en la modalidad del “casao”, explicándole a mi señora el porqué de mi tardanza para regresar a casa, bregando con los muchachitos para que hagan las tareas y alegando con los maestros porque después de varios años de estudio me los devuelven llenos de ignorancia, o alegando con los suegros, o bregando con la familia para no ser víctimas del consumismo con la plata que no alcanza. Siento que mi libertad hubiese sido recortada en alto porcentaje. Yo hubiera podido adorar a una mujer y a todas, o casi todas, son adorables. Entonces, mi amor se hubiera tenido que concentrar en mi señora, mis muchachitos, mis tres o cuatro nietecitos y sentiría que la otra gente quedaría en una cierta marginalidad.

Doy gracias por este celibato que ha permitido querer y ser querido, sin exclusividad, sin posesividad de aquí para allá o de allá para acá.

Hablo de un celibato vivido libre, amorosa, voluntaria y jubilosamente porque a la fuerza o por imposición disciplinaria me parece que es casi un atraco a un derecho de la persona. El celibato es lo que me ha permitido no quedarme en el amor puramente sensible, erótico, romántico, carnal o genital, que valoro, admiro y respeto. Pero no ha sido ese mi camino.

La Eucaristía

Es algo que pertenece al mundo de lo transinteligible. Más allá del avance de la inteligencia humana, esta no logra manejar algo denominado por Fernando González como el mundo de las presencias; no obstante, esto no es manipulable. Entonces, en la Eucaristía no es que uno bendiga un pan o pronuncie sobre él unas palabras y automáticamente como por arte de magia esas moléculas de proteína se conviertan en ganglios, huesos, músculos y hormonas en los que aparece el cuerpo de Cristo del tamaño de una hostia.

La Eucaristía es una forma de la presencia de Jesús, así como una bombilla encendida es una forma de la presencia de la energía o una plancha caliente es una forma de la presencia del calor o una estrella brillando es una forma de la presencia de la luz en el espacio o una carta de la mamá es una forma de su presencia amorosa, entonces la hostia consagrada es una forma de esa presencia de Jesús que fue, es y seguirá siendo operante. El problema con Jesús es muy simple: o lo mataron y se quedó muerto para siempre, entonces el cristianismo se reduce a un mero recuerdo. Si el cristianismo sigue vivo y operante es porque está vigente. ¿Y cómo sigue vivo y operante? La Eucaristía es ese pan y ese vino que compartimos en comunidad. Eucaristía es también esa palabra de Cristo que leemos y es el amor que le tenemos al

compartir con alegría. Es el amor que nos tenemos a nosotros mismos, a nuestros hermanos y a la naturaleza. Es la liberación del egoísmo que hemos experimentado y expresamos ahí.

La gente conserva la idea de que la Eucaristía es ese pedacito de pan que le dijeron unas palabras o lo bendijeron y se convirtió en un cuerpo fisiológico con apariencia de pan de trigo. Con razón uno va sintiendo el efecto del callado comentario: —Eso es muy raro. Si yo me trago la comunión pero no me trago la gente no comulgué. Recibir a Cristo no es tragarme un pedacito de pan bendecido por el sacerdote, sino aceptar todo aquello en que la presencia de Cristo está operando; en aceptar sus palabras que figuran en el evangelio; en prestar el servicio a que otro está operando y en ese pan, signo de su vida partida y compartida, para ser multiplicadores de su amor. Ese pan nos recuerda que todo nació para ser entregado, multiplicado y compartido, porque todos los seres tienen derecho a la vida. Lo triste es que hemos atomizado y reducido la Eucaristía al trocito de pan bendito sin profundizar en todo su significado.

Ágape

Esta modalidad de amor es la que celebramos en la Eucaristía, es un amor que no se queda en lo erótico ni se reduce a la familia y hasta supe-

ra la amistad. Jesús lo pone como distintivo de sus seguidores, porque se trata de un amor que es capaz de dar y mantenerse dando sin esperar devolución por nada, es un tipo de amor absolutamente desconocido por el mundo consumista. Es amor de abnegación porque no importa lo que una persona pueda hacer o hacernos o la forma en que nos trate. La posibilidad de amar a esa persona se mantiene, es amor total. El ágape propuesto por Jesús consiste en una determinación que pertenece a la voluntad. Jesús invita a un amor incluso en contra de los sentimientos que experimentamos instintivamente, es un amor que nos vuelve parecidos al Padre: sed perfectos como mi padre celestial es perfecto.

La Iglesia

En estos últimos años he compartido con mi hermano Winfrido los sueños de una Iglesia que vamos a morir sin ver y por eso la podemos amar en la esperanza.

—¿No será posible una Iglesia comunidad de los creyentes donde no se hable más de laicos y de clérigos porque “uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos”?

—¿Y una comunidad en donde no haya uno que celebra y los demás que oyen misa en virtud del sacerdocio bautismal que compartimos?

—¿Y en donde no haya que pagar por la misa?

—¿Y una Iglesia en donde lo religioso no sea más causa de dolorosas divisiones enfatizando una auténtica espiritualidad?

—¿Y cuándo veremos una Iglesia despojada de símbolos de poder con base en títulos sin necesidad de tiaras, báculos o mitras, con rojo en el corazón para hacerle caso al gran maestro del amor, “en esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros”?

—¿Y una Iglesia que se vaya desprendiendo de legislaciones, dogmas y preceptos con más insistencia en la ética, el servicio y el amor que en la moral?

—¿Una Iglesia menos impositiva, discriminatoria y excluyente respecto a la sexualidad? (Ya que por encima del sexo está siempre la persona para quien la norma última de su actuar deberá ser siempre su conciencia como ella misma lo ha enseñado). Alguien preguntó en cierta ocasión: —¿El pecado original no consistiría en esa necesidad que experimenta el ser humano de que existan leyes y preceptos para hacer el bien? Necesitamos definitivamente una Iglesia que oriente la vida insistiendo más en el amor que en normas y doctrinas como lo hizo felizmente el papa actual cuando inició su pontificado con la encíclica sobre el amor.

—Sueño en una Iglesia que nos ayude a recuperar el sentido de la gratuidad y por lo tanto de la gratitud.

Vivimos en una sociedad en la que todo se mide por su valor de cambio y por su utilidad. Todo lo hemos mercantilizado. Cuando esto se da en lo religioso, Dios se vuelve así un banquero que siempre paga con creces al que le presenta el cheque de las buenas obras. ¿Cuándo entenderemos que todo es gratuito? La vida, el amor, el universo, el paisaje, el volátil viento, el agua, la luz, el color, la familia y los amigos. Dios es siempre una sorpresa, no un mérito; un regalo, no una remuneración. Y del sentido de la gratuidad nace la gratitud que nos armoniza, nos quita prepotencia y nos da por el reconocimiento la humildad de corazón.

Sigo soñando en una Iglesia que me ayude a entender que la experiencia de Dios privilegiada se da en procesos comunitarios para tener siempre esta conciencia clara: que cuando yo siento que el Dios de mi fe me saca de mí mismo lanzándome a servir, lo experimento de verdad, porque Él no es sino EL DÁNDOSE Y DÁNDOSEME.

Sueño que la Iglesia me ayude a descubrir cada vez con mayor claridad todo lo que nos interroga el pobre acerca de la urgencia de darle primacía al ser sobre el tener en la existencia, mirándolo en toda su amplitud:

—Pobre en sentido económico, el que carece de lo necesario para subsistir con dignidad.

—Pobre en sentido político, el violentado por el poder, al que le incumplen las promesas, los politiqueros que no faltan.

—Pobre en sentido clínico, al que le falta la salud.

—Pobre en sentido educativo, al que se le ha negado la oportunidad de estudiar y permanecer en el analfabetismo doloroso.

—Pobre en sentido étnico, el que ha sido discriminado por su color y por su historia.

—Pobre en sentido sexual, al que la sociedad lo señala de anormal.

—Pobre en sentido moral, el descarriado, el que se refugia en los vicios, el que ha perdido la norma suprema de armonía, o sea, hacer el bien, no hacerle mal a nadie conscientemente.

—Pobre en sentido familiar es el huérfano, la viuda sin sostén, el que se siente abandonado por su familia.

—Pobre de género, la mujer a la que se le discrimina o se siente víctima de la más torpe manera de relacionarnos los humanos: el machismo.

—Pobre laboral, toda la masa de desempleados y de quienes son remunerados injustamente.

—Pobre ecológico, a quien destruyen injustamente el hábitat que necesita para vivir en armonía.

— Pobre teologal es quien se quedó con el Dios castigador, vengativo y cruel cerrándose al amor misericordioso.

Sueño finalmente en una Iglesia que no enfaticé el mundo de lo religioso y lo sustituya sin temores por el mundo de lo espiritual, porque el mundo de lo religioso corre el peligro de sectarizarnos, de volvernos discriminatorios, de dogmatizar la vida. En cambio, el mundo de lo espiritual nos acerca a lo que subyace en todo ser humano: la conciencia; a partir de una auténtica espiritualidad vamos encontrándole la verdadera significación a las realidades de la vida. Desde la mirada de la espiritualidad la vida no es un caos; aunque si me lo discuten, acepto que lo sea pero en vías de reconstrucción. No con base en ideas como se construye la espiritualidad, sino con base en motivaciones profundas. Esas motivaciones generan actitudes de las que surgen los valores que soporten la existencia humana.

Exordio

Y a estas alturas, cuando estoy a punto de marcar el punto final a estas cuartillas, me pregunto ¿qué es propiamente lo fundamental, lo básico, lo que me queda cuando en el reloj de mi camino van sonando las cuatro y media de la tarde? Para decir verdad, no son muchas cosas. Antes mi vida tenía las respuestas, ahora escasean porque la mayor cantidad son ya preguntas.

Estoy contento de llegar a lo que podríamos llamar la cuarta edad. Para ello, necesito desa-

rrollar al máximo mis capacidades adaptativas y echar mano de recursos nuevos. Yo no puedo pedirle más a la vida. He contado con un hogar cimentado en sólidos principios y valores éticos que han dado una dirección a mi existencia. He servido cada vez más con alegría, he compartido con personas de toda extracción, pueblo y país con entusiasmo, a veces casi me he sentido enfermo de optimismo aunque, polo a tierra, sin vivir como un iluso; hasta he llegado a pensar que si me toca sacaré tiempo para deprimirme. Al escribir, me siento cumpliendo con una sagrada obligación: la de devolver con gratitud a mi familia, a los amigos y a las comunidades la experiencia de mis primeros setenta y nueve años en este recorrido. Hoy declaro que no solo puedo, sino que quiero y me debo jubilar ¡carajo!, de todo lo que pudiera estresarme. Seguiré aprendiendo a disfrutar de todo: del dolor de los años juveniles, del tiempo de los escrúpulos, o de cuando creí que me hacía bien archivar resentimientos hacia las personas que me hirieron. Quiero vivir en el aquí y ahora la plegaria de los indios sioux: “el espíritu nunca nació y nunca dejará de ser, nunca hubo un tiempo en que no existiera, el fin y el principio son tan solo sueños sin nacimiento, sin muerte, sin cambio, el espíritu permanece eterno, la muerte no lo afecta aunque parezca su morada”.

Esta plegaria me ayuda, sin olvidar el pasado ni desentenderme del futuro, a recuperar el sentido de la vida que da el destino al instante vital (nótese que las mismas siete letras del destino son también las del sentido). He comprendido que en la vida como en la bicicleta ocurre exactamente igual: si se deja de pedalear, ahí mismo se cae; a veces nos parecemos a los futbolistas en la búsqueda de la felicidad: corremos detrás del balón y cuando la encontramos le damos una patadita. En verdad que somos torpes muchas veces.

Capítulo IX

Amigos

Gonzalo Arango y Fernando González Restrepo

La muerte de un amigo la siento como una hecatombe para el corazón. Aunque ya me quedan más amigos en los cementerios que en las cafeterías, quiero consignar aquí dos escritos que se han quedado en el corazón de mis recuerdos: el primero es un himno a la amistad de Gonzalo Arango el poeta nadaísta que me visitaba en el barrio Santo Domingo Savio y que transcribo:

Querido Gabrielito, un abrazo de tu oveja negra en Jesucristo. Te recuerdo siempre y te quiero como mi padre espiritual, tú sabes que sí. Recuerdo a propósito de nuestra amistad, una lapidaria frase de Nietzsche, el Anticristo. Era más o menos así; los hombres que no tenemos Dios, debemos buscar amigos.

Pero yo me pregunto si la amistad no será el sentimiento más vivo y encarnado de Dios entre los hombres, la posibilidad humana de encontrarlo y unirnos en Él. Yo creo que sí, porque cada que estoy con amigos de tu linaje, siento que los brazos se vuelven alas para abrazarte en lo más puro de la vida, en lo más hermoso del espíritu divino. Y tú eres un tipo maravilloso, no solo por lo que hay de cristiano en ti, sino de humano, de bacilo cósmico, de alma solar, de estrella cagada, como diría el filósofo de Envigado, el más cristiano y verdadero maestro de esta América puta y atea.

(¡Por Dios, Gabrielito, y yo que me confesaba en Andes de decir ‘cagón y pendejo’, cuando existía el infierno. Afortunadamente ‘la paila mocha’ pasó de moda, pues ahora que soy escritor de ‘alcantarilla’, pienso en la achicharrada que me esperarían en el averno, algo así como ‘Gonzalo al horno, aliñado con azufre, pólvora, ácido sulfúrico, y para pasar, un vasito de cóctel molotov’. Qué tal el refinamiento culinario de nuestro común enemigo, el gran Luci..?).

Como sabes, ando ahora inédito y sin el parlante de Dios. Me tuve que retirar de *Cromos* por razones de amistad y de *El Tiempo* me echaron a las tinieblas inmortales, es decir, me mandaron al diablo, para que este publicara mis blasfemias en su ‘hojita parroquial infernal’ que es como se llama al matutino de abajo (¿o será nocturno?). Bueno, la cosa se desató por un artículo sobre nuestro querido Poeta Nuestro Señor, al cual invitaba a bajar del

Sagrado Garabato para tomarnos una Coca-Cola en San Antonio de Prado, o una aguapanela en Santo Domingo Savio, para luego irnos juntos por los caminos predicando y haciendo la revolución cristiana que Él inició con tan mala suerte hace 1969 años, con los doce vagos pescadores de que habla la Historia Sagrada. Como ves, mi cordial invitación a San Antonio y a Santo Domingo era muy santa, pero los caifases se desagarraron la sotana cristera y dijeron que yo estaba ateizando a Colombia, que por lo tanto pedían mi cabeza, mi melena, mis alas y mis plumas. Muy bien, muy justo, señor Pilatos, aquí la tenéis... ¡Viva el César!

Y me decapitaron, mejor dicho me desplumaron del *Tiempo*, pero como soy inmortal... aquí voy... un poco cojo del alma pero vivo.

Un querido colega tuyo de Santander me escribió una carta muy noble pero indignada sobre mi lío con el Señor. Saqué una copia para dejar testimonio, y te la regalo, en vista de que no tengo dónde publicarla. Queda en tus buenas manos, Gabrielito, y te encimo un abrazo.

Espero verte en diciembre para que me des un aguardientico sanantonino y una bendición. Tu amigo Gonzalo.

—Qué paso con tu sobrinita Raquel que nunca me buscó. Dejó la nota en el antro y desapareció, como alma que lleva el diablo. Ojalá haya caído en mejores manos... Amén.

—Un saludo solidario a los cristianos prometeos de Golconda, cautivos en los conventos de la

ANDI por orden de ‘San Carlos’, y por el delito de ser cristianos por la gracia de Dios... y desgracia del César. g.

El segundo escrito es el de mi entrañable amigo, inolvidable maestrizo de la vida Fernando González Restrepo, que compartió conmigo lo mejor de sus 35 últimos años de su vida, visitando pueblos, veredas y países desde Futuro para la Niñez, Barrios de Jesús, la Fundación Social o las parroquias. Es un documento realmente histórico en donde Fernando González se compromete totalmente con la ecología. El escrito lo tituló “Del hombre”:

Y viendo la inusitada belleza de un animal entre los hombres, supimos que hace mucho estábamos muertos

¿A que se ha reducido el hombre? No es posible creer que la vida y que todo lo que vive sea para servicio del hombre; el hombre es apenas un ser más en la vida y se hace digno de ella en cuanto se armoniza y se integra en ella, y para armonizarse tiene que llegar a ser el animal que vive en él. ¿De dónde nació eso de que todo fue creado para servicio del hombre? Solo algo oscuro y nauseabundo pudo llevar al hombre al estado aterrador que es hoy. Si el hombre tiene un ‘destino especial’ y fue creado a ‘imagen y semejanza de Dios’ pues que lo tenga y que lo sea, que procure en él al ángel, al niño, al inocente (animal) que hay en él.

Pero esto de que el hombre se pasee por la vida haciendo dinero, comiéndose la tierra y los animales, y que al mismo tiempo se jacte de ser hijo directo de Dios, y camine pechisacado opinándolo todo, esto es absolutamente cruel y ridículo.

Una ‘señora’ haciendo la ‘flor de loto’ para ser sabia y sana; un cardenal echando bendiciones; un jipi ‘viajando’; un comunista hablando de justicia; un negociante traficando; un politiquero en una plaza pública, etcétera. Y enseguida eso de que ‘Dios hizo a los animales y plantas para servicio de hombre’ ¿Qué clase de puto creerán que es Dios?

El hombre actual es indudablemente el animal más feo y temible de toda la creación. Es un cegatón, buchón, nalgón, que va vendiendo la Vida para hacerse rico y cuando hiede se unta desodorante, queda feliz y se va a ‘hacer el amor como dicen hoy’. Toda ética, política, economía, se pone al servicio del hombre, lo que quiere decir que todo lo otro creado, que es casi todo, ya que el hombre es una mínima parte de la creación, se debe sacrificar al hombre.

Cuando nazca en Suramérica el Hombre Animal, que será como un niño pasional, lleno de vida natural, y ese niño devore al ‘hombre yo’, al ‘doctor’, ‘profesional’, ‘inteligente’, ‘imitador’, ‘mentiroso’, entonces, va a oler como si hubieran quitado una gran hediondez del mundo.

En esta querida Suramérica va a nacer el Hombre Vida, el que irá a sentarse con un gran poder y humildad entre los seres de la creación y el que,

súbitamente, va a detenerse a orar porque percibe un ángel que vive en él y quiere volar”.

Fernando González Restrepo

Gabriel “Mono” Tisnes

Cuando en octubre de 1984 cumplía los primeros veinticinco años de presbiterado fui gratamente sorprendido por mi entrañable amigo y hermano en el sacerdocio, el “Mono Tisnes”, felizmente mi tocayo, educador connotado y poeta insigne, con unos hermosos versos en los cuales fue capaz de resumir mi brega diaria en forma creativa, respetuosa y acertada, enfatizando los momento más significativos de mi vida. “Querido tocayo —me dijo en su dedicatoria—. El único exceso permitido en la existencia humana es el de la gratitud, el problema es no saber cómo expresarla; con sentimientos también de admiración y de cariño publico aquí lo que llamaste ‘Microbiografía, miniretrato y congratulación’”:

A Gabriel Díaz Duque, Pbro.

En sus bodas de plata sacerdotales

1959 - 18 de octubre de 1984

Microbiografía - Miniretrato - Congratulación

I

En pueblo faldudo y frío

—que para Gabriel no es feo—

se crió a punta de careo;
con él adquirió gran brío
y orientó bien su albedrío.
En la pequeña heredad
Llamada: 'La Trinidad',
don Abraham, que era arriero,
muy activo y muy severo
lo hizo un hombre de verdad.

II

Su madre, doña Teresa,
soltera, ejerció, cabal,
el magisterio rural.
Casada, con gran presteza
—a modo de sobremesa—
un tablero se ingenió
y a sus hijos enseñó
el religioso mensaje,
los números y el lenguaje
que Gabriel, listo aprendió.

III

Muy buena conversadora,
reposada, detallista,
inteligente, asaz lista,
de familias asesora
y en conflictos, mediadora,
supo entender a su esposo,
francote, él, y muy fogoso:
las galletas consumía

un su amigo; él se fruncía
y ella pisaba al rabioso...

IV

Mujer de honda piedad,
su fe viva y siempre actuante
la infundió en Gabriel, infante:
éste, con gran ansiedad,
en la solemnidad
de la Misa Parroquial,
gritó con voz torrencial:
'¡Señor, dame una vaquita
bien gorda y bien lecherita!'
La risa fue general...

V

Ella a él, le repetía:
'Quien siembra con fundamento,
cosecha su bastimento'.
Al oscurecer decía
que una luz rara veía
y aunque de un cocuyo fuera,
creía ver, a su manera,
que un entierro le mostraba
y a sacarlo madrugaba,
esperanzada y ligera...

VI

Y su gesto más dicente:
Cuando Gabriel fue nombrado

para un barrio marginado
no tuvo ella inconveniente
de estar allá con su gente;
de Maestra les sirvió
y mucho les enseñó;
altos puestos o favores
prebendas, dinero, honores,
para él, nunca soñó.

VII

Fue el alumno mejor
del ‘Colegio Carrasquilla’:
con su voz de maravilla,
su talento y buen humor,
se hizo el blanco del favor
de alumnos y superiores
aunque también, de rencores
de un gordiflón envidioso
que, creyéndolo medroso
se expuso a sus furores...

VIII

Su llamado al sacerdocio
con él nació y creció
y de él nunca dudó:
—para Gabriel, no ha sido ocio
y mucho menos, negocio—;
la verdad de lo anterior
la confirmará el lector
al leer este incidente,

admirable, convincente,
y que le hace mucho honor:

IX

A su padre dijo un día
un su sobrino ingeniero,
generoso y lisonjero:
'A Gabriel le costearía
los estudios y haría
del muchacho un gran Doctor'.
'Y yo renuncio a ese honor',
dijo éste, que escuchaba
y que solo ser, pensaba,
Sacerdote del Señor'

X

'Pispo', entonces, lo llamó
a darle la gran noticia
que él hace tiempo acaricia:
'Rica señora donó
una beca y soy yo
quien a usted, la quiero dar'.
Hubo fiesta en el hogar
e ingresó en el Seminario
con todo lo necesario:
beca, gastos y el ajuar.

XI

Era el Rector del Menor
el hoy, Obispo Escobar:

puso a Gabriel a cantar
en toda fiesta de honor
pues era el mejor cantor.
Mienta, éste, su piedad,
su elocuencia, su bondad,
su sapiencia y señorío,
su gran carácter y brío
y su ejemplar caridad.

XII

Quedóle honda impresión
del Padre José Mejía,
que, pensando, moriría
le impartió la absolución
la noche de gran tensión
del atroz ‘Nueve de abril’,
cuando fieras, con fusil,
disparaban, incendiaban,
blasfemaban y robaban
como chusma al clero hostil.

XIII

Ingresas, luego al Mayor;
memoras al padre Nazario
docto, cual un diccionario
y a Gustavo, el gran rector,
su Profesor y mentor,
el cual, me dijo algún día:
‘En mi corta rectoría,
Gabriel fue alumno brillante,

de carácter, observante
y hombre de mucha valía’.

XIV

Evoca al padre Cardona,
que por no conducir bien
le pone su carro al tren
y a Muñoz que le cuestiona
su actitud fresca y bobona,
cuando, lleno de candor,
se lo cuenta al superior
—nadie menos que García—:
‘sabe Dios, qué le diría,
se le puso a un tren peor’...

XV

Alumno sobresaliente,
lo estiman los profesores;
es Maestro de cantores;
siempre leal y decente
se hace querer de su gente.
Pujol, músico cabal,
oye su voz musical,
le enseña polifonía
y lo instruyó en la armonía,
Es compañero ideal.

XVI

Presbítero, fue nombrado,
del ‘CELAM’, participante,

del Canciller, ayudante;
de éste puesto fue mochado
por no cobrar lo mandado...
Con entusiasmo febril
y su talante gentil,
organiza entre los fieles de su parroquia,
'Laureles',
Republica Juvenil.

XVII

Y a Europa viajó
para liturgia estudiar,
Catequesis practicar.
Estando allá, se embarcó
y Tierra Santa pisó.
Fue una excelente experiencia,
para él, de trascendencia:
Vio otro mundo, habló francés
trató con gente de prez
y adquirió cultura y ciencia.

XVIII

A su regreso fue enviado,
a un barrio de invasión,
'marginado', pobretón;
en él, se sintió 'marcado'
y a los pobres, dedicado;
fue la vivencia mejor
para su vida interior:
conoció el dolor humano,

se convirtió en el hermano
del pobre y su defensor.

XIX

Con material muy sencillo
construyó Capilla holgada,
toda ella decorada,
solo con barro y ladrillo,
a costo de baratillo:
Cristo, imágenes, armarios,
lámparas, confesionarios;
unos lo felicitaron,
otros, se lo criticaron
y fueron sus adversarios.

XX

Él tiene recta intensión
pero es muy mal comprendido:
hablan de un cura metido
en buscar la solución
a problemas de invasión
que no son de su incumbencia;
pero él cree, en su conciencia,
que como cura y cristiano
debe ayudar al hermano
y conjurar la violencia.

XXI

Suceso de trascendencia
unió en un mismo ideal

en gran Congreso Mundial,
con lema 'NO A LA VIOLENCIA',
a gente de gran audiencia:
miembros de quince países,
de muy variados matices,
en su Barrio se reunieron
y allí todos se sintieron
muy honrados y felices.

XXII

Extranjeros eminentes
por siete días convivieron
con los del Barrio y tuvieron
conferencias excelentes
y lecciones convincentes,
pregonadas por 'Clarín'
que se unió para tal fin;
hicieron muchas reuniones
y plantearon sus cuestiones
al 'CELAM' de Medellín.

XXIII

Todo esto suscitó
reacciones, chismografías
—para Gabriel, niñerías—
de las cuales aprendió
y en propia carne sintió
que algunos de los supernos
condenan a los infiernos
a quienes saben clamar

lo que ellos no han de escuchar
pues peligran sus gobiernos...

XXIV

Fue Gabriel muy estimado
por todos los feligreses
tan gratos y sin dobleces;
habiendo sido cambiado,
fue por ellos secuestrado;
con arrancón lacerante
y protesta delirante,
al fin tuvo que partir;
no lo querían dejar ir:
era un cura edificante.

XXV

A 'San Antonio de Prado'
llegó, luego, precedido
de mala fama, debido
a su antiguo apostolado
que ejerció con desenfado;
prevenida, ya, su gente,
encontró muy mal ambiente;
pero los fieles cedieron
cuando bien lo conocieron
y lo vieron tan paciente.

XXVI

Estuvo, allí, un año escaso:
le atendieron, lo siguieron,

le ayudaron, lo quisieron;
más, luego, llegó el fracaso
cuando un Inspector, escaso
de carácter y talento,
le echo al arzobispo el cuento
de que el párroco anulaba
las ordenanzas que él daba
y el Pastor creyó el invento...

XXVII

Y por eso, lo cambió.
Pero, antes, un accidente
muy curioso y sugerente
—que a no pocos asustó—
en la Parroquia pasó:
en plena casa cural
murió, de infarto cordial,
la señora acusadora
y del cambio, portadora:
¿Castigo providencial?...

XXVIII

Así los fieles pensaron:
'Castigo por lengüilarga',
decían, con cara amarga;
quienes contra él, obraron,
con miedo reaccionaron;
lo cierto fue, que el levita,
con asistencia contrita,
a la muerta hizo el entierro,

disculpándole su yerro
y ocultando una risita...

XXIX

Y a 'Santa Mónica' entró;
Breve, allí, su permanencia
a causa de una dolencia
que a padecer empezó;
su madre, se le murió;
ambas cosas lo amargaron
y su renuncia forzaron;
en su bien corto curato
dejo un recuerdo asaz grato:
los jóvenes, lo añoraron.

XXX

Un percance bien chocante,
de esos que dejan huellas
y que provocan querella,
lo tuvo con un cambiante
superior y vacilante.
La Educación Pastoral
y Agrupación Colegial
lo tuvieron de Rector
y de Coordinador:
fue allí, su acción, temporal.

XXXI

Existe una Institución
'La Niñez para el Futuro',

que con criterio maduro,
dirige toda su acción
a buscar la promoción
entre la niñez rural;
recibe la credencial
para en ella trabajar
y así, lo hacen nombrar
'Asesor de fe y moral'.

XXXII

Córdoba, Caldas, Chocó
fueron su campo de acción
que ejerció con decisión;
de la ciudad se alejó;
el campo, lo transformó:
'bañóle el alma, el paisaje',
dióle aire puro el follaje
y aprendió de la natura
a dar fruto sin premura
y a resistir con coraje.

XXXIII

Mas, el rural ajetreo
su mal le recrudeció
y al hospital lo llevó;
renunció, pues, a su empleo,
contrariando su deseo.
De serias operaciones
quedó con limitaciones:
En la escuela del Dolor

aprendió que, con amor,
son dulces las aflicciones...

XXXIV

Un trabajo primordial
en 'Los barrios de Jesús'
fue aquel de dar plena luz
al gran programa rural
de vivienda comunal:
El superior lo llamó
y Director lo nombró;
acepto gustosamente
pues le encantaba el ambiente
y en el campo continuó.

XXXV

El diario desplazamiento
a las parroquias rurales
acrecentaron sus males
y vino el impedimento
que causó su alejamiento;
inválido, declarado
y en seguida, pensionado,
no obstante sigue ejerciendo
a Iglesia y fieles sirviendo
sin sentirse defraudado.

XXXVI

Está, ahora, en 'Boquerón',
Parroquia, toda, rural,

con nombre sentimental
que entraña la compasión
y habla de la protección
que la Virgen, madre buena
y Reina de gracias llena
da gustosa, sin reparo,
a los que, en el desamparo,
sufren la angustia y la pena.

XXXVII

El nombre es muy de su agrado:
siempre ha sido su ideal
llevar consuelo cordial
al triste, al desamparado,
al pobre, al desocupado.
Hay allí cuatro Capillas
incomodas y sencillas,
en las que, los parroquianos,
muy unidos, cual hermanos,
doblan a Dios su rodillas.

XVIII

Por ellos, bien acogido,
encontró un equipo humano
con gran sentido cristiano
con el cual ha pretendido,
—y a fe, que lo ha conseguido—:
educar para el amor,
para aliviar el dolor,
para fomentar la unión,

para otorgar el perdón,
para vivir con honor...

XXXIX

Su parroquia es singular:
La sagrada Eucaristía
la celebra cada día
en determinado hogar,
para en él conmemorar
una muerte, un nacimiento
o algún memorable evento
como una buena cosecha,
de Bodas, alguna fecha
o de años, el cumplimiento.

XL

El sábado, a medio día,
acuden a la Capilla;
una instrucción muy sencilla
él da a la feligresía
llena de fe y de alegría:
es una preparación
a la digna recepción
de los Santos Sacramentos
que son de gracia instrumentos
y signos de redención.

XLI

Su parroquia, dividida
en grupos y por edades,

ostenta las calidades
de una labor ejercida
en equipo y dirigida
a encontrar sus aficiones
y a enseñarles, en lecciones,
danza, música, pintura,
la enfermería, la costura,
la urbanidad, las canciones.

XLII

De sus nobles campesinos
Vive, Gabriel, muy pagado
y en ambiente saturado
de olores suaves, de trinos,
en veredas y caminos,
sin ruido, sin polución,
gozoso con la visión
de pájaros y de flores,
que con sus lindos colores,
le causan dulce fruición.

XLIII

Es, GABRIEL, hombre maduro
alto y asaz narigudo,
ni carnoso, ni huesudo,
ojos, color verde oscuro,
manotas que aprietan duro,
voz musical, de cantante,
mal cachaco; no embargante
sus achaques, no ha perdido

su aire y talante garrido,
atractivo y chispeante.

XLIV

Él ha sido un 'bregador'
a lo largo de su vida
tan hondamente sentida
que ha hecho suyo el dolor
de la piedra, de la flor,
del animal, del humano
a quien tiene por hermano;
de vivo temperamento,
pierde la paz y el contento
al ver sufrir al fulano.

XLV

No le ha gustado mandar,
ni tan poco ser mandado
como un 'Robot, programado;
su vida ha sido bregar,
transformarse, mejorar;
lucha por su libertad;
le encanta la soledad;
odia las modas impuestas;
es tajante en sus respuestas;
defiende su intimidad.

LXVI

Es él, hermano menor
de sus otros seis hermanos

del cual viven muy ufanos;
cree, le tocó el desfavor
de ser trompo pagador
de achaques y de mandados
de recados y sobrados;
ellos dicen, que Gabriel
ha sido un fino troquel
al cual se sienten atados.

XLVII

MARTA ha sido para él
de su madre un buen remplazo;
tuvo ella, su gran fracaso,
inopinado y muy cruel:
su novio, querido y fiel,
se le murió de repente;
mas ella, firme y valiente
superó con rapidez
su amarga casi viudez
cual mujer digna y creyente.

LXVIII

De entonces, se ha convertido
en el centro de su hogar
con un desvelo ejemplar
y con él ha conseguido
mantenerlo muy unido;
es activa y hacendosa,
detallista y generosa;
compadecida, abnegada,

hermana muy apreciada
y tía muy cariñosa.

XLIX

Es FABIOLA, noble hermana;
con familia numerosa
y de todos respetuosa,
carga su cruz, no liviana
con humor, de buena gana.
ANITA —caso especial—
tiene un esposo ideal...
Le tocó muy buena suerte
y aunque nerviosa, es muy fuerte.
Esposa y madre cabal.

L

ALFONSO, hermano mayor:
encarna en sí la bondad,
la responsabilidad;
ameno conversador
y de historias inventor...
De hermanos es animante
y de todos, coadyuvante;
incapaz de hacer sufrir,
de engañar o de incumplir.
Del padre es representante.

LI

CARLOS, buen trabajador,
muy buen hijo, inteligente

y como hermano, excelente;
de sus hijos, gran mentor
y activo conciliador.
GUILLERMO, en amor filial,
no tuvo nunca rival;
metódico, organizado
y de sí mismo olvidado:
es el hombre servicial.

LII

Muchos de sus compañeros
son hoy, gerentes boyantes,
arquitectos, comandantes,
destacados caballeros,
con influencia y dineros:
esto, a Gabriel, no lo agría
al contrario, él se gloria
de su pobre emolumento,
con el cual gana, contento
solo el pan de cada día.

LIII

Hace poco, se perdió:
amigos muy generosos,
lo invitaron muy gustosos,
a Europa; él viajó
descanso de un mes, se dio;
ellos, todo lo pagaron
y de verlo, se alegraron;
lo conocieron viajante,

cuando fue allá, de estudiante
y nunca más, lo olvidaron.

LIV

No ha sido ‘hilacha’, su vida:
total entrega a su oficio
con talento y sacrificio,
ha sido una tela urdida
—de amor y dolor transida—
con precioso hilo de artista:
GABRIEL, providencialista,
empieza cada mañana
su preciosa filigrana
con la oración del salmista.

LV

A Gabriel, seminarista,
en ‘Loyola’, conocí;
grata impresión causó en mí
y aunque lo perdí de vista,
seguíle, atento, la pista:
él es de aquellas personas,
simpáticas, señoronas,
que una vez sola, tratadas
no pueden ser olvidadas,
por lo atentas y gachonas.

LVI

Por eso me le ofrecí
a hacerle su biografía

en versos con armonía
y su retrato, otrosí
que estoy terminando aquí;
unos me hicieron sudar
pues no es tan fácil rimar;
otros me fueron fluyendo,
al ir la pluma escribiendo:
hay tela de qué cortar.

LVII

Cumple hoy, sus bodas, Gabriel;
estas décimas, sentidas,
muy pensadas, florecidas
de mi mente en el vergel,
vayan, cual fresco laurel,
de exornar la testa erguida
del clérigo, cuya vida,
siempre está orientada al cielo
y que espera, con anhelo,
verla en su Dios, transfundida...

Gabriel Tisnes J. Pbro.

Pilar Posada

La conocí por referencia de mis más cercanos en Laureles, Javier Echevarría y Luz, su esposa. A ella me unió, aun adolescente, cierta simpatía que siento por los que no tragan entero, duros de boca, que como los potros no interpretan propiamente la obediencia con vivir agachando la

cabeza. Publico aquí también, con gratitud y admiración, el poema que me dedicó recientemente en el Confite desde su casa Toronjil. Confieso que el poema me causó alegría sin vergüenza:

Gabriel

Cuando lo conocí ya era un poco de leyenda.

Cura revolucionario,
uno de los de Golconda,
palabra llena de huecos
y ecos ,
para mí que fui una niña cuando
en Buenaventura se reunieron
Monseñor Gerardo Valencia
y otros sacerdotes
a formular,
con denuncia y coraje
de sangre nueva
su comprensión del evangelio.

Había sido confesor,
consejero de mi prima mayor
y de otros muchachos de la época
que después fueron personas importantes.

Algo tuvo que ver con dos de las amigas mías
con las que canté y toqué guitarra
a mis quince.

Movía a los jóvenes con una
fuerza que salía de su ser,

—carisma le dicen,
o energía,
algo que se irradia y da ganas de estar
con él, de seguirlo, de creerle—.

Sabía de él, sabía que existía y que era querido
por niñas, muchachas y mujeres
por no sé qué indudable
queridura para tratarlas,
una cosa gentil para escucharlas
y mirarlas,
para verlas y reconocer que son la sal de la tierra
a pesar de sus bobadas.

Mi hermana hablaba de él
y me prestaba textos suyos que yo nunca leía,
porque me volví reacia a la doctrina de
todas las iglesias.

No lo leí,
pero fui su vecina en El Toronjil,
casita al lado de El Confite o Monasterio del viento.

No sé a qué horas escuchaba
el viento el Padre Gabriel,
porque se la pasaba recibiendo gente,
que lo buscaba para contarle sus dolores.

Puedo imaginar lo que le decían,
quejas de amor y desamor,
tormentos de toda índole,
humanas penas que todos buscamos

compartir y resolver
aunque en secreto nos aferremos a ellas.

No sé que les diría el Padre Gabriel,
pero imagino que les hablaba
como a un pájaro que un día por error entró a su casa
y desesperado buscaba salir sin conseguirlo.

Se daba contra el vidrio el pajarito,
se golpeaba la cabeza,
y dejaba plumas en el suelo.

Tranquila silguita, le decía,
vamos afuera.

Le hablaba muy pasito,
con dulzura,
sin espantos ni aspavientos,
sin ninguna agitación o premura.

El pajarito se dejó agarrar por él
que lo llevó afuera

para salir volando.

—Nunca había visto a alguien tan vivo para otro
y a otro tan preocupado por ese alguien—.

Pilar Posada

La Ceja, casa de Dora, enero 2 de 2009

Epílogo

Definitivamente, nunca he logrado mantener una paz imperturbable. Me sigue preocupando el “quedar bien” y el “lucirme”, que es herencia del antiguo apego del “cinco en todo”, del que hablé al comienzo de estas líneas. Me sigue costando muchísimo trabajo decir no cuando toca pronunciarlo. No acabo de aprender a valorar mi cuerpo como esta nave que me lleva a través de la experiencia de estar vivo. Me quedan rezagos de un desaforado culto al activismo en deterioro del tiempo que en realidad yo necesito no tanto para el rezo cuanto para la oración.

Felizmente he aprendido a valorarme más como persona, a quererme, a juzgar menos, porque he entendido definitivamente que nadie se equivoca porque quiere sino por tener información equivocada. He ido aprendiendo que la única ley que guía este universo es la del amor y que en cada uno de nosotros hay alguien que

necesita precisamente ser amado y valorado. He aprendido que lo que pasó ya pasó, y que no hay metas adonde llegar porque lo único que hay es el camino y lo feliz que uno pueda transitar. He aprendido que esta vida es perfecta tal y como es porque estamos en este planeta para aprender a ser mejores seres humanos. He aprendido que a medida que envejecemos sigue siendo tarea principal liberarnos de equipajes complicados y de complejos que nos desfiguran (porque nadie sabe todo y nadie ignora todo), de leyes, normas y dogmas sin sentido. He aprendido que después de cada golpetazo se vale tal vez llorar y aun re-funfuñar, pero acto seguido hay que sacudirse el polvo de las rodillas, echarse agua oxigenada en las raspaduras para continuar en el camino. He aprendido que siempre hay alguien al ladito dispuesto a ayudarte para levantarte de nuevo. He aprendido a agradecerle al creador todo lo que antes para mí pasaba desapercibido. Me he ido sintiendo capaz de exorcizar todos los miedos, todos los resentimientos y las suposiciones falsas. Me siento cada vez más lejos del dios que se enoja porque Él es la fuente inagotable del amor, del amor cuando es un estado de consciencia y no un mero sentimiento. Me va invadiendo la convicción radical de que soy uno con todo cuanto existe: me siento hermano de todos los vivientes: el mineral, el vegetal, el animal y el ser humano.

Finalmente he ido aprendiendo a comunicarme con el Dios de la vida y del amor que aparece maravillosamente revelado en Él, Jesús, que va dando sentido a mi existencia, Amén.

Aprendizajes de Gabriel Rodrigo Díaz Duque se terminó de imprimir en la Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, República de Colombia, en el año de Cristo de MMXII, a cincuenta años de iniciado en Roma el Concilio Vaticano II.



Imprenta
Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@quimbaya.udea.edu.co
Impreso en agosto de 2012

